Jorge Gordón Byron, universalmente conocido y admirado con el nombre de Lord Byron, nació el 22 de Enero de 1788, según unos de sus biógrafos en Douvres, y según otros en Londres. A la edad de tres años perdió á su padre, y quedó reducido á la pobreza. Por el fallecimiento de un tío suyo, heredó sus dominios y con ellos el título de *Lord*. Estudió en la Escuela de Harrow y en la Universidad de Cambridge, sin gran aprovechamiento, por que desde muy joven hizo una vida muy disipada. A los veinte años aparecieron sus primeras poesías con el título de *Horas de ocio*. En breve adquirió gran reputación, y de sus viajes por Portugal, España, Grecia y Turquía volvió á Inglaterra con los dos cantos de su célebre poema *Childe-Harold*, que consolidaron su celebridad. Desde 1812 á 1814 publicó los poemas el *Giaour*, la *Desposada de Abidos*, el *Corsario* y *Lara*. En Italia continuó el *Childe-Harold*, y escribió el *Don Juan*, como asimismo los dramas *Manfredo*, *Sardanápalo*, *Cain*, *Los dos Foscari* y *Marino Faliero*. En 1823 fué á Grecia resuelto á peelar al lado de los griegos contra los turcos. Enfermo y envejecido, falleció en Missolonghi, á los treinta y seis años de edad, el Domingo de Pascua de Resureción de 1824. Sus restos fueron llevados á Inglaterra y enterrados en el panteón de su familia, cerca de Newstead.

LORD BYRON

MARINO FALIERO

PERSONAS: ANGELINA. MARIANA. MARINO FALIERO. BERTUCCIO FALIERO. LIONI. BENINTENDE. MIGUEL STENO. ISRAEL BERTUCCIO. FELIPE CALENDARO. DAGOLINO. BELTRAN. SEÑOR DE LA NOCHE VICENTE. PEDRO. BAUTISTA. EL SECRETARIO DEL CONSEJO DE LOS DIEZ. Ciudadanos 1.°, 2.° y 3.° Damas, guardias, conspiradores, el Consejo de los Diez, la Junta, etc

La acción pasa en Venecia, en 1355.

ACTO PRIMERO

La escena representa una antecámara en el palacio ducal

ESCENA PRIMERA

PEDRO, BAUTISTA y después VICENTE

PED. ¿No ha vuelto el mensajero?

BAU. Todavía no. He mandado varios recados, según vuestras órdenes, pero la Junta está discutiendo aún la sentencia de acusación de Steno.

PED. Ya tarda demasiado.

BAU. ¿Qué piensa de todo esto el dux?

PED. Aguarda impaciente el resultado del proceso.

BAU. Dicen que su cólera es grande. Razón sobrada tiene, pues Steno cometió un grave delito infiriéndole tan grosero ultraje.

PED. Sin embargo, me parece que siendo Steno patricio, no le juzgarán con severidad.

BAU. Bastaría que le juzgasen con equidad... Pero no nos anticipemos á la sentencia de los Cuarenta. (*Sale Vicente*) ¿Qué noticias traéis?

VIC. Ha terminado el juicio pero se desconoce el fallo. He visto que el presidente sellaba el pergamino en que se comunica al dux el acuerdo del tribunal y me apresuro á participárselo.

BAU. Os acompañamos. (*Vanse los tres.*)

ESCENA II

El dux MARINO FALIERO, BERTUCCIO FALIERO, después VICENTE y el SECRETARIO de los CUARENTA.

BER. Es imposible que no se os haga justicia.

DUX. ¡No conoces á Venecia!... ¡No sabes lo que son los Cuarenta!... Pero ya lo veremos... (*Sale Vicente*)

BER. (*A Vicente.*) ¿Qué novedad hay?

VIC. Estoy encargado de anunciar á vuestra Alteza que el tribunal ha fallado, y que, después de cumplidos los requisitos legales, os remitirá la sentencia. .

BER. ¿No habéis podido adivinar la naturaleza de la decisión?

VIC. No, señor... Ya conocéis la habitual discreción de los tribunales de la República... Salí al instante del salón sin tener tiempo para observar nada... Además, mi puesto al lado del acusado Miguel Steno me obligaba...

DUX (*Interrumpiéndole bruscamente.*) ¿Qué actitud era la suya?

VIC. Parecía preocupado, pero no abatido, aguardando con resignación la sentencia, cualquiera que esta fuese... (*Pausa.*) Aquí llega el señor secretario de los Cuarenta á notificársela á vuestra Alteza. (*Sale el secretario de los Cuarenta.)*

SEC. El alto tribunal de los Cuarenta saluda respetuosamente al dux Faliero, primer magistrado de Venecia y le ruega que se digne leer y aprobar la sentencia dictada contra Miguel Steno, patricio de nacimiento, acusado de los hechos consignados en este escrito. (*Entregando al dux un papel*)

DUX Despejad y esperad ahí fuera (*Vanse el secretario y Vicente. A su sobrino, dándole el documento.*) Toma... lee...

BER. (*Leyendo.*) «Decretado en Consejo, por unanimidad, que Miguel Steno, culpable según confesión propia, de haber escrito en el trono ducal, durante la última noche de Carnaval, las siguientes palabras...» (1)

DUX (*Interrumpiéndole bruscamente.*) Pasa, pasa á la sentencia.

BER. (*Leyendo.*) «Condena á Miguel Steno á un mes de arresto.»

DUX Adelante.

BER. Señor, no dice nada más.

DUX ¡Nada más! .. ¡Dame ese papel!... (*Le arrebata el papel, lee.*) «El Consejo condena á Miguel Steno.,.» ¡Oh! ¡qué ignominia!...

BER. Cálmaos... Cierto que la pena es harto leve comparada con la ofensa, pero aún hay remedio: podéis apelar del acuerdo de los Cuarenta ante el Tribunal de los Tres que os vengarán de ese osado culpable... ¿No lo creéis así? (*El dux arroja al suelo la corona ducal, disponiéndose á pisotearla pero le detiene su sobrino.*) ¡Señor, en nombre del cielo!

DUX (*Muy exaltado.*) ¡Aparta!... ¡Ah! ¿por qué no están en el puerto los genoveses?... ¿por qué los hunos que vencí en Zara no forman en batalla en derredor del palacio?

BER. Esas palabras no son muy convenientes en boca de un dux de Venecia.

DUX ¡Dux de Venecia! ¿Quién es ahora dux de Venecia?... No le hay. Es una palabra hueca, sin sentido. A partir de este momento, el más oscuro artesano nos señalará con el dedo y el noble orgulloso puede escupirnos al rostro. ¿Dónde está nuestro recurso?

BER. En la ley.

DUX Ya ves lo que hace por mí. Sólo á la ley he pedido justicia: sólo en la ley he buscado venganza... Mi ancianidad, mis honores, mis derechos, mis cicatrices, la sangre y el sudor de una vida que frisa en los ochenta años..., todo esto se ha puesto en la balanza contra el ultraje más abominable, el insulto más grosero, el criminal escarnio de un patricio audaz, y ¡todo se ha encontrado insuficiente! ¿Debo tolerarlo?

BER. No digo tal. Pero ya veremos el modo de que nos hagan justicia... y si nos la niegan, nos la haremos nosotros mismos.

DUX Conoces la grave ofensa de ese miserable, que acaba de ser poco menos que absuelto... Su villana calumnia, corriendo de boca en boca, acompañada de groseros comentarios, provocará las cínicas

---

(1) Marino Falliero, dalla bella moglie, altri la gode, ed egli la mantiene. *Sanuto.*

chanzas, las obscenas blasfemias del populacho... en tanto que los nobles, dando al sarcasmo un barniz de urbanidad, se dirán al oído el cuento escandaloso, y con una sonrisa aprobarán la mentira que, rebajándome á su nivel, me trueca en un marido engañado y complaciente, resignado con su deshonra.

BER. Pero vos sabéis, y Venecia entera no lo duda, que todo es falso.

DUX Sobrino, en cierta ocasión dijo un ilustre romano: «La esposa de César no debe infundir sospechas.» Y la repudió... Pues ¡qué!, ¿ha de tolerar un príncipe de Venecia, lo que no hubiera sufrido un romano? El anciano Dandolo rechazó la diadema de los Césares y llevó la corona ducal, que pisoteo porque está envilecida.

BER. ¿Qué reparación esperábais? ¿Qué pena queriais que impusiesen al culpable?

DUX ¡La muerte! ¿No soy el jefe del Estado? ¿No me han insultado en mi propio trono? ¿No fuí ultrajado como esposo, envilecido como hombre, humillado, degradado como príncipe? Ah ¡y dejan vivir al miserable! Si en vez del trono del dux hubiera elegido el escabel de un rústico para escribir su ultraje, tiñera con su sangre el umbral de la cabaña: el vasallo le habría matado inmediatamente.

BER. Estad cierto de que no vivirá al ponerse el sol: dejadlo á mi cuidado, y sosegaos.

DUX No; es menester que viva, al menos por ahora. Una vida tan despreciable como la suya sería poca cosa al presente. En la antigüedad, ciertos sacrificios no exigían más que una víctima: para las grandes expiaciones se requería una hecatombe... Así no te olvides del ultraje: cuando te entregues al reposo, venga él á turbar tus sueños: cuando ria el alba, póngase él entre tí y el sol, cual nube de mal agüero en un día de regocijo... Pero ninguna palabra, ningún movimiento... Ya nos vengaremos... Ahora retírate. Quiero estar sólo.

BER. (*Recogiendo del suelo la corona ducal, y poniéndola encima de la mesa.*) Antes de irme, os suplico que volváis á tomar esa corona que habéis rechazado. Ahora os dejo, rogándoos que contéis siempre conmigo.

DUX. Adiós. (*Cogiendo en la mano la corona ducal.*) ¡Frívola baratija! rodeada de todas las espinas que guarnecen una corona, sin investir con la omnipotente majestad de los reyes, la frente insultada que te lleva: juguete, inútil y degradado, te cojo como lo haría con una careta. ¡Cuán dolorosamente pesas sobre mi cabeza!... (*Pausa.*) Soy un anciano, necesito buscar brazos más jóvenes para llevar á cabo mis planes; pero éstos estarán tan bien concebidos que su ejecución no exigirá fuerzas hercúleas... Mi imaginación ha principiado su obra; aproxima á la luz las imágenes oscuras, á fin de que el juicio escoja con madurez... (*Pausa.*) Las tropas comienzan á escasear en... (*Sale Vicente.)*

VIC. Señor, un desconocido solicita audiencia de vuestra Alteza.

DUX. Estoy indispuesto: no puedo recibir á nadie.

VIC. Es un plebeyo, el patrón de una galera...

DUX. Entonces que pase: es un servidor del Estado. Quizá viene á algún asunto relacionado con el servicio público. (*Vase Vicente.*) Conviene sondear á ese patrón; quiero saber lo que piensa. Sé que el pueblo está descontento: le sobran motivos para estarlo desde la victoria de los genoveses en la infausta jornada de Sapienza... Las tropas, lisonjeadas á menudo con vanas promesas, reclaman sus atrasos y murmuran sordamente... A la menor esperanza de cambio, se sublevarán, cobrándose por sí mismas el botín... Sin embargo, dudo que el clero abrace nuestra causa; me aborrece desde el día en que, llevado por mi impaciencia, maltraté al obispo de Teviso... pero no me sería difícil atraérmelo con oportunas concesiones... Si pudiera libertar á Venecia y vengar mis agravios, creería haber vivido bastante y sólo desearía el descanso de la tumba... (*Pausa.*) Veamos; actualmente hay tres mil soldados acantonados en... (*Vuelve á entrar Vicente acompañando á Israel Bertuccio.*)

ESCENA III

El DUX, ISRAEL BERTUCCIO y VICENTE

VIC. Señor, está aquí el patrón que os he anunciado.

DUX. Vicente, déjanos. (*Vase Vicente. A Israel.*) Acercaos. ¿Qué deseais?

ISR. Justicia.

DUX ¿A quién se la pedís?

ISR. A Dios y al dux.

DUX ¡Ay! amigo mío, os dirigís á la persona menos respetada y menos influyente de Venecia. Vale más que presenteis vuestra reclamación al Consejo.

ISR. Sería inútil mi demanda; el que me ha ultrajado forma parte de él.

DUX Referid lo que os ha sucedido.

ISR. Soy comandante del arsenal; en la actualidad me ocupo en reparar algunas galeras que los genoveses deterioraron el año pasado. Esta mañana vino á verme el senador Bárbaro, muy irritado porque nuestros operarios habían desatendido en su casa no sé qué frívolas ordenes para cumplir las del Estado; intenté justificar á mis trabajadores y alzó contra mí la mano... ¡Ved mi sangre. (*Mostrando el rostro ensangrentado.*) Es la primera vez que ha corrido de una manera deshonrosa!

DUX ¿Qué venganza desearíais tomar de ese hombre?

ISR. La que no me atrevo á decir, pero que obtendré á todo trance.

DUX Entonces ¿á qué venís aquí?

ISR. A pedir justicia.

DUX Venís á pedirme justicia... ¡á *mí!* dux de Venecia, y me es imposible otorgárosla, ni aún para mí alcanzarla puedo... Apenas hace una hora que me la han negado solemnemente.

ISR. ¿Qué dice vuestra Alteza?

DUX Steno está condenado á un mes de prisión.

ISR. ¿Es posible? Y ¿es ese todo el castigo del villano que osó mancillar el trono ducal con aquellas infames palabras que han sonado ignominiosamente en todos los oídos de Venecia?

DUX No me pidais justicia. Recurrid á los Cuarenta que han sentenciado á Miguel Steno y que, sin duda obrarán de igual manera con el senador que os ha ofendido.

ISR. ¡Ah! ¡si me atreviera á hablar!... Nada significa la injuria inferida á un sér tan humilde como yo, pero el terrible ultraje hecho á vuestra dignidad y á vuestra persona...

DUX Exagerais mi poder, que es sólo de relumbrón. Este manto puede mover á lástima con mayor razón que los harapos de un miserable; al pordiosero le pertenecen sus andrajos y éstos no son más que prestados al pobre sér cuyo poderío y representación se limitan á este armiño.

ISR. ¿Querríais ser rey, soberano de Venecia?

DUX Sí: con la condición de que el pueblo compartiese mi soberanía, para que ni él ni yo fuésemos esclavos de esa hidra aristocrática de gigantescas proporciones, y venenoso cuerpo, cuyas ponzoñosas cabezas exhalan entre nosotros miasmas pestilentes.

ISR. Pero vos nacisteis y habeis vivido siempre patricio.

DUX Por desgracia mía.

ISR. No somos los únicos lastimados, ultrajados, envilecidos, atropellados. La población entera sufre y reprime á duras penas la venganza de sus injurias; las tropas extranjeras que mantiene el Senado se quejan de que no cobran sus haberes; los marinos nacionales y la guardia cívica simpatizan con sus amigos... (*Pausa.*) Para concluir, existe una sociedad de hermanos que se juntan en secreto, ligándose con juramento; corazones valientes y fieles que habiendo servido y defendido á la República en todos los climas y contra todos sus enemigos, están prontos á librarla de los parásitos que roen sus entrañas. No son muchos, pero sí los suficientes para el objeto que se proponen; tienen armas, dinero, corazón, una fe viva y un valor paciente.

DUX ¿Qué esperan?

ISR. La hora de vengarse.

DUX (*Ap.*) La dará la campana de San Márcos.

ISR. Sed, pues, nuestro jefe ahora y más adelante nuestro soberano

DUX ¿Cuántos sois? Es preciso que conozca vuestro plan, el número y

los nombres de los conjurados. Quizá pueda duplicar vuestras fuerzas y madurar vuestros proyectos.

ISR. Somos bastante numerosos; vos sois el único aliado que aún deseábamos.

DUX Al menos dadme á conocer á vuestros jefes.

ISR. Lo haremos si jurais guardar el secreto que os confiemos.

DUX ¿Cuándo? ¿dónde?

ISR. Esta noche conduciré á vuestra cámara á dos de los principales conjurados: traer más sería peligroso.

DUX ¿No sería mejor que yo mismo vaya á reunirme con vosotros?

ISR. ¿Iréis sólo?

DUX Con mi sobrino.

ISR. Ni aunque fuéseis con un hijo.

DUX ¡Como queráis! ¿Dónde nos reuniremos?

ISR. A media noche acudiré sólo y enmascarado al sitio que designe vuestra Alteza; allí os aguardaré para guiaros á donde recibireis el homenaje que se os debe y sabreis nuestros planes.

DUX Entonces, hasta la media noche, junto á la iglesia de San Juan y San Pablo, donde yacen mis padres; por el estrecho canal inmediato se deslizará silenciosa una góndola de un remo. Esperad allí.

ISR. No faltaré.

DUV Ahora podeis retiraros.

ISR. Me voy con la esperanza de que vuestra Alteza perseverará en su resolución. Príncipe, quedad con Dios. (*Vase.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala en el palacio ducal.

ESCENA PRIMERA

ANGELINA y MARIANA

ANG. Fué un insulto grosero, pero lo que me ha afectado, no es la descarada calumnia de ese atrevido, sino la honda mella que ha hecho en el ánimo de Faliero, en ese ánimo altivo, irascible, rígido—rígido para todos menos para mí.—Tiemblo cuando calculo las consecuencias que pueden resultar.

MAR. Seguramente no tiene el dux ningún motivo para sospechar de vos.

ANG. ¡Sospechar de *mí!* Ni el mismo Steno se ha atrevido á ello.

MAR. No obstante, convendría que fuese castigado con severidad; algún desagravio se debe á la virtud calumniada.

ANG. ¿Qué es la virtud si necesita víctimas, ó si ha de depender de las palabras de los hombres? Un insigne romano decía al espirar, que *la virtud no es más que un nombre*. En efecto, sólo un nombre sería, si el soplo de la palabra humana pudiera hacerla ó deshacerla.

MAR. Sin embargo, muchas mujeres, aunque fieles y puras, se ofenderían altamente de tal calumnia; no pocas damas de Venecia, menos austeras, se mostrarían inexorables con el infame impostor.

ANG. Eso prueba que es el nombre y no la cosa lo que prefieren. Para unas y otras debe ser muy difícil conservar la honra, ya que necesitan verla circundada de una gloriosa aureola; esas personas quieren que se las tenga por honradas, como desean parecer hermosas.

MAR. Extrañas ideas teneis, á pesar de ser dama patricia.

ANG. Eran las de mi padre; única herencia que me legó con su nombre.

MAR. Esposa de un príncipe, del jefe de la República, no necesitais viudedad.

ANG. Ni la habría solicitado, aunque me hubiera casado con un simple labriego. Pero no por eso dejo de conocer cuanto amor y gratitud debo á mi padre por haber concedido mi mano á su mejor amigo, el conde Val dí Marino, hoy nuestro dux.

MAR. ¿Con vuestra mano dióle también vuestro corazón?

ANG. No podía dar lo uno sin lo otro.

MAR. Sin embargo, esa extraña desproporción de edad, y permitidme que lo añada, la poca conformidad de vuestros genios, podrían hacer dudar de que en tal enlace fuéseis dichosa...

ANG. El mundo piensa como mejor le place; pero mi corazón se ha encerrado siempre en el círculo de

mis deberes, que aunque numerosos jamás son dificiles.

MAR. Antes de ese matrimonio, ¿palpitó vuestro corazón por algún noble mancebo cuya edad fuese más adecuada á una belleza como la vuestra? ó, ¿no habeis visto después á alguien que hoy pudiese aspirar á la mano de la hija de Loredano, si aún estuviera libre?

ANG. Contesté á la primera pregunta, cuando dije que me había casado con Faliero.

MAR. ¿Y á la segunda?

ANG. No exijais respuesta.

MAR. Perdonad si os ofendí... El dux viene... Me retiraré. (*Vase Mariana y entra el dux que parece muy distraido.*)

ESCENA II

ANGELINA y el DUX

DUX (*Hablando consigo mismo.*) Hay actualmente en el arsenal un patrón llamado Felipe Calendaro, que manda cuatrocientos hombres y ejerce poderoso influjo en el ánimo de sus camaradas. Dicen que es tan arrojado y popular como discreto. Sin duda Israel Bertuccio contará con él, pero convendría... (*Viendo á Angelina.*) ¡Perdóname, hija mía! ¡No te había visto!

ANG. Señor, pareciais abismado en vuestras reflexiones.

DUX ¿Has salido? El día está nublado, pero las tranquilas aguas son favorables al ligero remo del gondolero. ¿Cómo has pasado la mañana?... ¿Qué recreos lícitos, qué placeres honestos, acompañada ó sóla, podrían regocijar tu corazón é indemnizarlo de las tristes horas pasadas con un anciano casi siempre abrumado por numerosas inquietudes? Habla y quedarás satisfecha.

ANG. ¡Qué bondadoso sois conmigo! Nada deseo ni pido, sino veros más á menudo y más tranquilo.

DUX ¿Más tranquilo?

ANG. Sí, más tranquilo. ¿Por qué buscáis la soledad? ¿Por qué se reflejan en vuestro semblante esas fuertes emociones que, sin descubrirse del todo, revelan demasiado?...

DUX ¡Revelan demasiado!... ¿Qué revelan?

ANG. ¡Un corazón oprimido!

DUX Ya conoces las numerosas y continuas cargas oficiales que pesan sobre mí: eso es lo que me preocupa hoy más que de costumbre.

ANG. Esos cuidados ya existían antes, y hace pocos días que os veo así. Perdonadme: hay en el fondo de vuestros pensamientos algo más que el desempeño de los deberes públicos. Vuestras emociones actuales son de diversa índole; en vos no está ofendido el patriotismo, sino el orgullo. Sí, el orgullo: el mismo pecado que causó la caída de los ángeles, y al cual se hallan muy expuestos los mortales que se asemejan más á las naturalezas angélicas: los pequeños no son sino vanos: los grandes son soberbios ..

DUX Yo *tenía* el orgullo del honor, de *tu* honor, arraigado hondamente en el corazón... Pero variemos de asunto...

ANG. ¡Oh! ¡no!... Vuestras penas son de privado linaje: deber mío es aliviaros de su peso. Desde el día que la insensata calumnia de Steno vino á turbar vuestro sosiego habéis cambiado mucho. Quisiera que con mis atenciones volviéseis á ser lo que erais.

DUX ¡A ser lo que era!... ¿Sabes la pena impuesta á Steno?

ANG. No.

DUX Un mes de prisión.

ANG. ¿No es suficiente?

DUX ¡Suficiente! ¡De ninguna manera!

ANG. ¿No querríais que su villanía le costase la vida?

DUX *Ahora*, no: Sólo deseo que le dejen vivir tanto como *él* pueda: no merece ya la muerte. La protección otorgada al culpable es la condena de sus jueces; él es inocente... su crimen se ha confundido con el de todos ellos.

ANG. ¡Ah! si ese insolente calumniador hubiese pagado con su sangre juvenil su absurda mentira, no habría para mí un sólo instante de alegría ó de sueño tranquilo.

DUX ¿No manda la ley divina que la sangre se pague con sangre? El que calumnia ¿no mata aún más que el que derrama sangre? Cuando un hombre recibe una bofeta-

da, ¿es el *dolor* del golpe, ó la *afrenta* inherente lo que constituye mortal injuria? Las leyes del honor, ¿no exigen que él sea vengado con sangre?: ¿acaso no corre esta sangre, por un puñado de oro? ¿La ley de las naciones no castiga con sangre la traición? ¿No es nada el haber inoculado veneno en estas venas donde circulaba una sangre saludable? ¿No es nada el haber mancillado vuestro nombre y el mío, los dos más nobles que existen? ¡No es nada haber hecho á un príncipe el ludibrio de su pueblo, haber desconocido el respeto que el género humano concede á la juventud en la mujer, á la vejez en el hombre, á la virtud en tu sexo, á la dignidad en el mío?

ANG. El cielo nos manda perdonar á nuestros enemigos.

DUX ¿Perdona el cielo á los suyos? Se ha librado Satanás de la cólera eterna?

ANG. No habléis con esa ira: Dios os perdonará, como á vuestros enemigos.

DUX ¡Así sea! ¡Perdónelos el cielo!

ANG. Y vos, ¿los perdonaréis?

DUX Sí: cuando estén en el cielo. *(Pausa.)* Pero hablemos de otra cosa: afligido tu padre por su postrera enfermedad, deseó nuestro enlace; no era para cumplir conmigo: tiempo hacía que su leal amistad me había pagado los servicios que le prestara. Proponíase asegurar á tu huérfana hermosura un honroso abrigo contra los peligros que, en este vicioso nido de escorpiones, amenazan á una doncella sóla y sin dote. No opiné como él, pero no quise contrariar un pensamiento que endulzaba sus últimos instantes. Te dejé libre en tu elección y confirmaste la de tu padre.

ANG. Lo hice, y lo haría otra vez á la faz de la tierra y del cielo.

DUX Te creo porque conociendo la desproporción de nuestras edades me elegiste. No fundaba mi confianza en mis cualidades personales, sino en tus dulces virtudes, en tu fe, en tu honor... *(Pausa.)* Donde el honor es innato, y fortalecido por sabios principios, la fidelidad conyugal descansa sobre una roca firmísima. En cambio sería locura pedir virtudes castas á una sangre corrompida: el mismo Alcides en su virilidad majestuosa, semidivina, no bastaría á encadenar un corazón sin virtud; lo que la constituye es la perseverancia: el vicio no puede fijarse, ni cambiar la virtud. La mujer que ha sucumbido una vez sucumbirá siempre, porque el vicio necesita variedad, mientras que la virtud permanece inmóvil como el sol: cuanto se mueve en derredor de ella aspira en su presencia la vida, la luz y la gloria.

ANG. Pensando así, ¿por qué turba vuestros augustos pensamientos un odio infatigable contra un ente tan ruin como Steno?

DUX Estás en un error. No es Steno quien me enciende así en ira...

ANG. ¿Cuál es entonces el motivo que os afecta profundamente?

DUX La majestad de Venecia insultada á la vez en su príncipe y en sus leyes... Pero no hablemos de esto: ahora se trata de tí.

ANG. ¿De mí?

DUX Sí... no lo extrañes .. Conozco que se acerca el fin de mi existencia: desearía que siguieses las instrucciones que hallarás en este escrito. (*La entrega un papel.*) Ahora es preciso que me retire á mi cámara: tengo mucho que hacer y el tiempo vuela. Adiós, Angelina... (*Vase. Mutación.*)

Lugar apartado cerca del arsenal.

ESCENA III

ISRAEL BERTUCCIO y FELIPE CALENDARO

FEL. ¿Qué éxito ha tenido vuestra queja?... ¿Le castigarán?

ISR. Sí.

FEL. ¿Con qué pena?

ISR. Con la muerte.

FEL. Sin duda estáis soñando, ó intentáis vengaros por vuestra propia mano, según os aconsejaba.

ISR. No, Calendaro: las gotas de sangre que él ha hecho correr, se pagarán con toda la suya, pero no con la suya sóla. No hemos de vengar injurias privadas: eso es bueno para pasiones egoístas y hom-

bres de genio violento, pero no es digno de un tiranicida.

FEL. ¿Qué os ha contestado el dux?

ISR. Que no hay castigo para hombres como Bárbaro.

FEL. ¡Bien os decía que de semejantes manos no hemos de esperar justicia! ¿Por qué no acudisteis al Consejo? El dux es un maniquí que apenas puede obtener justicia para sí mismo.

ISR. Decid á nuestros amigos que preparen sus compañías. Esté dispuesto todo para dar el golpe decisivo quizá dentro de algunas horas. Cuidad de que todos acudan puntualmente, armados al lugar de la reunión, excepto los Diez y Seis, que se quedarán entre las tropas para esperar la señal... Muertos ó vivos, seremos libres: en la tumba no hay cadenas. ¿Cuentan las diez y seis compañías el número cabal de sesenta hombres cada una?

FEL. Todas, excepto dos, en las cuales hay veinticinco plazas menos que en las otras.

ISR. No importa: podemos pasarnos sin ellos. ¿Cuáles son esas dos compañías?

FEL. Las de Beltrán y del viejo Lorenzo, de los cuales desconfío... Principalmente en Beltrán nótase una vacilación y una sensibilidad fatales para empresas como la nuestra. Le he visto llorar como un niño por las penas del prójimo, sin pensar en las suyas, que son mucho mayores.

ISR. Los verdaderos valientes se conmueven pronto y lloran fácilmente. Hace mucho tiempo que conozco á Beltrán y no existe bajo el cielo un hombre más pundonoroso que él. *(Pausa.)* En fin, reúnanse á la hora acostumbrada los Diez y Seis... No falte ninguno, porque tengo que presentarles á un extraño.

FEL. ¿Un extraño? ¿Conoce nuestro secreto?

ISR. Sí.

FEL. ¿Pertenece á nuestra clase?

ISR. Sí, por sus sentimientos, aunque es de elevada alcurnia.

FEL. ¿Qué cargo pensáis confiarle entre nosotros?

ISR. Tal vez el de jefe.

FEL. ¡Cómo! ¿resignáis el mando?

ISR. Sin duda alguna. Mi objeto es dar cima á este proyecto, no abrirme la senda del poder. Mi experiencia y vuestros votos me han designado para mandaros hasta que se presente un jefe más digno. Si he encontrado al hombre á quién vosotros mismos daríais la preferencia sobre mí, ¿imagináis que vacile por egoísmo ó por apego á una autoridad efímera, antes que ceder el puesto á quien posea en más alto grado que yo las cualidades de un jefe? No, Calendaro, no: conoced mejor á vuestro amigo, pero todos juzgaréis. Separémonos, para reunirnos luego á la hora convenida.

FEL. Por mi parte no quiero tener más jefe que vos: ahora, como siempre, soy vuestro... Adiós, hasta la media noche. *(Vanse cada uno por un extremo de la escena.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa el espacio comprendido entre el canal y el templo de San Juan y San Pablo. En el canal habrá una góndola á cierta distancia.

ESCENA PRIMERA

El DUX, sólo y embozado.

He llegado antes de la hora convenida... (*Pausa.*) ¡Ciudad orgullosa! es preciso purificarte de la sangre corrompida que te convierte en lazareto de la tiranía; esta es la tarea que se me ha impuesto á pesar mío, pues no la solicité; es mi propio castigo, porque he visto crecer, propagarse esa peste patricia... y ahora estoy contaminado por esa lepra, siendo menester que lave las manchas del contagio en las aguas que sanan. (*Sale Israel Bertuccio.*)

ISR. ¿Quién va?

DUX ¿Un amigo de Venecia?

ISR. ¡Es él! ¡Salud, señor! Os habeis adelantado á la hora.

DUX Estoy pronto á concurrir á vuestra junta.

ISR. ¿Se han desvanecido vuestras dudas desde nuestra entrevista?

DUX No; pero expongo en este albur la poca vida que me queda, dando oídos á vuestra traición... No os

estremezcais: esa es la palabra; no puedo disfrazar con nombres inocentes actos culpables, aunque esté resuelto á cometerlos. Cuando vinísteis á tentarme y os escuché sin enviaros á la cárcel, desde aquel punto fuí vuestro cómplice más criminal que vos.

ISR. Señor, extrañas son esas palabras, que no creo haber merecido. No soy un espía, ni nosotros somos traidores... Pero no es esta la ocasión de examinar estas cuestiones; de otro modo, podria contestar. Vamos á la Junta; permaneciendo aquí, pudiéramos ser observados... (*Oyénse doce campanadas en el reloj del templo.*) ¡Escuchad!: suena la hora.

DUX ¡Vamos, vamos! Es nuestro toque funeral, ó el de Venecia.

ISR. Decid mejor que es el repique de la libertad triunfante... Por aquí: no está lejos el lugar de la reunión. (*Vanse. Mutación.*)

La casa donde se reúnen los conspiradores.

ESCENA II

DAGOLINO, BELTRAN, FELIPE CALENDARÓ y otros conspiradores.

FEL. ¿Están todos?

DAG. Todos, excepto los tres que se hallan en su puesto y nuestro jefe Israel, á quien esperamos de un momento á otro.

FEL. ¿Dónde está Beltrán?

BEL. ¡Presente!

FEL. ¿Has logrado completar tu compañía?

BEL. Había puesto los ojos en algunos hombres, pero no me he atrevido á confiarles el secreto antes de asegurarme de que merecen mi confianza.

FEL. Cuidado, Beltrán, que no te pierdo de vista.

BEL. ¿Quién desconfía de mí?

FEL. Yo no, pues de ser así no estuvieras aquí hablándome de confianza; no, no recelamos de tu fidelidad, sino de tu sensibilidad. (*Salen Israel y el dux.*)

ESCENA III

Dichos y el DUX é ISRAEL

DAG. ¡Salud, Israel!

CONJ. ¡Bien venido seais, buen Bertuccio! ¿Quién es ese desconocído?

FEL. Ya es hora de nombrarle. Nuestros compañeros están dispuestos á acogerle como á un hermano; les he advertido que habíais ganado un adicto para nuestra causa: escogido por vos, aprobamos la elección; tan grande es nuestra confianza en todos vuestros actos .. Ahora, ¡descúbrase!

ISR. (*Al dux, que se desembozará.*) ¡Acercaos!

CONJ. ¡Traición!... ¡Es el dux!... ¡A las armas!... ¡Mueran ambos, nuestro capitán que nos entrega y el tirano á quien nos ha vendido!

FEL. (*Desenvainando la espada.*) ¡Deteneos, deteneos! ¡Hablad, Israel! ¿Qué significa este misterio?

ISR. No quiero decirlo. Podíais saber que un corazón como el mío es incapaz de hacer traición. Debíais estar ciertos de que cualquiera que me acompañase á esta junta, vendría únicamente para ser, según se le antojara, nuestro cómplice ó nuestra víctima... Nada teneis que temer; más aún, estais á punto de triunfar... Atended y os convencereis de la verdad de mis palabras.

DUX Ayer todavía me visteis con la púrpura oficial, soberano aparente de nuestras cien islas, presidir en el ducal palacio, hacer cumplir los decretos de un poder que no es mío ni vuestro, sino de nuestros señores, de los patricios. A todos se os ocurrirá porque estaba yo allí; ¿por qué estoy ahora aquí?: responda por mí, preguntándose qué motivos le han traido á este lugar aquel de vosotros que haya sido más ofendido y ultrajado... Ya sabeis lo que últimamente me ha ocurrido; dispensadme de esta relación... Nuestros agravios particulares son hijos de los vicios públicos de este Estado, que no es república ni reino; en vano buscaríamos en él un rey y un pueblo...: adolece de todos los defectos de la antigua Esparta, sin la templanza y el valor que constituían sus virtudes... Estais reunidos para echar por tierra esa Constitución mostruosa, ese Gobierno que no lo es, ese espectro que urge exorcizar con sangre... ¡Ah! entonces volverán los días

de la verdad y de la justicia; haremos florecer, en una república sincera y libre, no una igualdad insensata, sino derechos iguales, proporcionados como las columnas de un templo, que prestándose mutua fuerza, dan á todo el edificio solidez y gracia, de suerte que no se podría suprimir ninguna sin alterar la simetría del conjunto. Para efectuar ese gran cambio, aspiro á juntarme con vosotros, si confiais en mí: sino, he aquí mi pecho, ¡herid!...

FEL. ¡Viva Faliero! ¡Venecia será libre!

CONJ. ¡Viva Faliero!

DUX ¡Basta de felicitaciones! ¿Soy de los vuestros?

FEL. Sí, el primero entre nosotros, como lo sois en Venecia.

DUX Cuando renuncio á un trono y abdico mis dignidades, no lo hago para revestirme de otras, sino para ser igual á mis compañeros. (*Pausa.*) Israel me ha comunicado vuestro plan. Es atrevido, pero realizable con mi ayuda; opino que debe ponerse inmediatamente en acción.

FEL. Cuando queráis... ¿No es cierto, amigos?... Está dispuesto todo para dar un golpe súbito... ¿Cuándo ha de ser?

DUX Al salir el sol.

BEL. ¿Tan pronto?

DUX ¡Tan pronto!... ¡tan tarde!... Cada hora que transcurre acumula peligro sobre peligros, mucho más desde que me he reunido con vosotros.

FEL. ¿Cuál será la señal?

DUX Cuando oigáis la gran campana de San Marcos, que no se puede tocar sino por orden especial del dux, marchad sobre la basílica... Id por caminos diversos..: desemboque cada compañía por un punto diferente... Decid por el camino que *vienen los genoveses;* que *al clarear se ha visto su flota dirigirse al puerto*... Fórmaos en batalla junto al palacio, cuyo patio estará ocupado por mi sobrino y mis criados, todos sobre las armas y apercibidos para la empresa... Cuando suene la campana, gritad: *¡San Marcos! ¡El enemigo está en nuestras aguas!... (Pausa.)* Todos los patricios acudirán en tropel al Consejo. Estoy cierto de que no se atreverán á desobedecer á la terrible señal que resonará desde lo alto de la soberbia torre de su santo patrón. Así junta la mies, caerá al filo de nuestras espadas como bajo la hoz...

FEL. Heriremos con brazo fuerte ..

BEL. Calendaro, con vuestro permiso preguntaré si están todos los patricios condenados á perecer en la matanza.

FEL. A lo menos todos los que encontremos yo y los míos. Tendremos para ellos la clemencia que han tenido para nosotros.

CONJ. ¡Todos, todos!

ISR. Beltrán, tu falsa compasión no es solamente una locura, sino también una injusticia para con tus compañeros y la causa que defendemos. ¿No ves que si perdonamos á algunos, procurarán vengar á los que hayan sucumbido? Ya es mucho que dejemos la vida á sus hijos: el cazador puede reservar uno de los cachorros del tigre; pero ¿quién pensaría en conservar al padre ó á la madre, á menos que quisiese perecer en sus garras? Sin embargo, acataré la opinión del dux Faliero. Resuelva él si hemos de perdonar á algunos. Decidid.

DUX No me preguntéis nada: resolved vosotros.

ISR. Vos sabéis sus virtudes mejor que nosotros, que sólo conocemos sus vicios públicos y la infame opresión que nos impulsa á odiarles. Sí, entre ellos, hay alguno que merezca vivir, decidlo.

DUX Entre esos hombres y yo no existe ninguna relación *privada:* no veo en ellos sino senadores dignos de castigo por sus arbitrariedades. ¡Sufran como tales la pena que merecen!

FEL. Ahora es menester obrar. ¡Amigos, á nuestros puestos! Aguardad la señal, y entonces avanzad... Dux, la primera vez que nos volveremos á ver, os ofreceré mis respetos con la cabeza de Steno en la punta de mi espada.

DUX ¡No! dejadle para el último. No os desviéis, para herir tan ruin presa, sino cuando haya caído más noble caza.

FEL. Sin embargo, como él es la causa inmediata de vuestra alianza con nosotros, le debo tanta gratitud

que me alegraría recompensarle como merece.

DUX Vos quisiérais cortar la mano, yo la cabeza: herir al alumno, yo al maestro; castigar á Steno, yo al Senado. No puedo atender á enemistades particulares en la venganza general, universal que semejante al fuego del cielo debe arrasarlo todo sin distinción.

ISR. ¡A vuestros puestos, pues! Yo me quedo un instante para acompañar al dux hasta nuestro punto de reunión, y cerciorarme de que ningun espía nos sigue los pasos.

FEL. Adiós, hasta el alba.

CONJ. Señor, adios. *(Vanse.)*

ESCENA IV

El DUX é ISRAEL

ISR. ¡Son nuestros! ¡Seguro es el éxito! Ahora seréis verdadero soberano y legaréis á la posteridad un nombre inmortal, excelso entre los más insignes... Háse visto á reyes heridos por ciudad nos libres, á Césares inmolados, á dictadores asesinados por manos patricias, y á patricios caer bajo el puñal popular: pero hasta hoy, ¿qué príncipe ha conspirado por la libertad de su pueblo, ó expuesto la vida para libertar á sus súbditos?... Mas ¿por qué estáis inmóvil y pensativo? Hace un momento ardíais de impaciencia.

DUX ¿De modo que han de morir?

ISR. ¿Quiénes?

DUX Los que están unidos conmigo por la sangre, por una amistad que consagraron el tiempo y el trato... los senadores.

ISR. Vos habeis pronunciado su justa sentencia.

DUX Sin embargo, no puedo resolverme á verles bañados en su sangre. En cada puñalada que se les dé creeré mirar mi propio suicidio.

ISR. ¡Dux, dux!, esa vacilación es indigna de un niño; si no habeis recaido en una segunda infancia, recobrad vuestra firmeza; no me hagais ruborizar por vos y por mí...

DUX ¡Sed indulgente conmigo!... No penseis que vacile en mi resolución... Lo que me hace temblar así, es la *certeza* misma de cuanto estoy decidido á emprender... Cuando llegue el momento, seré quien toque á matar y dé el terrible golpe que despoblará más de un palacio... ¡Lo he prometido y nada será capaz de apartarme de mi destino!... ¡Oh! No lo dudeis... la gran campana de San Márcos despertará á Venecia entera, excepto á su Senado degollado; antes que el sol brille en todo su esplendor sobre el Adriático, se alzará un clamor de sollozos, y la voz de la sangre ahogará el bramido de las olas. ¡Partamos! *(Vanse.)*

TELÓN

ACTO CUARTO

La escena representa un salón del palacio del patricio Lioni.

ESCENA PRIMERA

LIONI que, al entrar, deja sobre un sillón el antifaz y la capa que los nobles venecianos llevaban en público. En pos de él un criado.

LIO. Es la fiesta más brillante que se ha celebrado de muchos meses acá y, sin embargo, no sé porque me ha dejado una triste impresión: un peso doloroso me oprimía el pecho, hasta enmedio del torbellino embriagador del baile: en vano he procurado afectar alegría: entre los acordes de una música melodiosa, llegaban distintamente á mi oído los lejanos tañidos de una campana fúnebre, como cuando las olas del Adriático, al romperse en el baluarte exterior del Sido, dominan durante la noche los rumores de la ciudad. He abandonado la fiesta antes que llegase á su apogeo, para buscar en el lecho más plácidos pensamientos, ó el olvido de los que al presente me abruman. *(Al criado.)* Llévate el antifaz y la capa, y enciende la lámpara de mi cuarto.

CRI. ¿Queréis algún refrigerio?

LIO. Ninguno, excepto el sueño, y ese no se puede exigir. *(Vase el criado. Acércase á un balcón abierto.)* A ver si el aire calma mi desasosie-

go: la noche es hermosa: ha cesado el viento tempestuoso que soplaba en Levante y la luna brilla en todo su esplendor. ¡Qué silencio!... No se percibe ningún rumor desapacible: armonizándose con la noche, todo lo que se mueve, hiende el aire como un espíritu aéreo. Los sonidos de una cítara pulsada por un amante que ahuyenta el sueño al pie del balcón de su desvelada dama: el leve rumor de una ventana que se abre con precaución para indicarle que le oyen, en tanto que el corazón del mancebo se estremece como la melodiosa cuerda al ver una mano juvenil, delicada, blanca como la luz de la luna, que tiembla al abrir la prohibida ventana para que penetre el amor con la armonía; la claridad fosfórica que el remo hace brotar, el rápido centelleo de las luces lejanas en las góndolas que rozan las ondas; los cantos de los gondoleros que se responden á coro: el espléndido remate de un palacio, ó la cúspide de un obelisco: he aquí cuanto hiere los oídos ó los ojos en la ciudad hija del Océano y reina de lá tierra... ¡Cuán dulce y beneficiosa es esta hora de silencio! ¡Oh, noche! te doy las gracias, porque has disipado los hórridos presentimientos que no podía desechar en medio de la multitud: ahora voy á reconciliar el sueño, aunque sea en verdad injurioso para una noche tan bella emplearla en dormir. (*Se oye llamar á la puerta del palacio.*) ¿Qué ruido es ese? ¿Quién vendrá á verme á estas horas? (*Sale el criado.*)

CRI. Señor, un hombre solicita hablaros urgentemente... Viene embozado, pero conozco su voz y sus ademanes: le he preguntado su nombre y no ha querido decírmelo.

LIO. ¡No deja de ser extraño que ese sugeto venga á verme tan de madrugada, y que se presente de ese modo. Aunque no corro ningún peligro, porque á los nobles no les asesinan en su casa, será bueno adoptar algunas precauciones. Hazle entrar y retírate: pero llama á algunos de tus compañeros y permaneced en la estancia inmediata. mientras que dura mi conferencia con ese desconocido. Ahora que pase. (*Vase el criado y vuelve poco después acompañando á Beltrán que entrará embozado.*)

ESCENA II

LIONI, BELTRAN y un criado.

BEL. Señor Lioní, no debo perder tiempo y vos tampoco... Haced salir á este criado... Tengo que hablaros á solas.

LIO. Me parece que es la voz de Beltrán. (*Al criado.*) ¡Vete! (*Vase el criado.*) ¿Qué queréis á esta hora?

BEL. Un favor, mi noble señor: añadidlo á los muchos que habéis dispensado á vuestro pobre protegido Beltrán, y le haréis dichoso

LIO. Siempre he deseado serte útil y procurarte todas las ventajas á que un hombre de tu clase puede legítimamente aspirar. Te prometería de antemano concederte lo que vienes á solicitar si considerando lo intempestivo de la hora y lo extraño de la visita, no sospechara algún motivo misterioso.., ¿Qué te ha sucedido?... Con tal que no hayas derramado sangre patricia, te garantizo tu seguridad; pero entonces debes ausentarte, porque los amigos y los deudos airados, en el primer furor de la venganza, son más temibles en Venecia que las leyes... No quisiera tu muerte, pero en ese caso mi deber me prohibe salvarte.

BEL. Vengo á salvar sangre patricia, no á verterla... Es preciso hablar pronto: cada minuto perdido puede acarrear una muerte, pues el tiempo ha trocado su guadaña por una espada de dos filos..: en vez de arena va á llenar su reloj con la ceniza de los sepulcros. ¡Guardaos de salir mañana! No abandonéis vuestro palacio, cualesquiera que sean los rumores que oigáis: aunque el rugir de la muchedumbre, los clamores de las mujeres, los gritos de los niños. los gemidos de los hombres, el fragor de las armas, los redobles del tambor, el sonido agudo del clarín y la voz de las resonantes campanas estallen á un tiempo en formidable y pavoroso concierto. No salgáis antes de que cese el rebato;

aun entonces aguardad á que yo vuelva... Si hacéis lo que os aconsejo, no os sucederá nada; sino, estáis perdido.

LIO. Seguramente deliras. ¿Qué tengo que temer? ¿Quiénes son mis enemigos? y sí los tengo, ¿por qué estás ligado con ellos?... ¿por qué has esperado hasta ahora para advertirme?

BEL. No puedo contestar. ¿Saldreís á pesar de mi leal aviso?

LIO. ¡Bueno soy para ceder á vanas amenazas cuya causa ignoro! A cualquier hora que se reúna el Consejo, no seré del número de los ausentes.

BEL. Entonces, el cielo se apiade de vuestra alma. ¡Adiós!... (*Se dispone á irse.*)

LIO. ¡Detente!... Beltrán, no debemos separarnos así; ha tiempo que te conozco.

BEL. Desde mi niñez habeis sido mi protector... hemos pasado juntos muchos años. ¡Dichosos instantes!... ¡cuán diferentes eran de este!

LIO. Tú eres quien los ha olvidado.

BEL. Ni ahora, ni nunca; os hubiera salvado á todo evento. (*Pausa.*) ¡Ah! ¿por qué no se os parecen los senadores vuestros colegas?

LIO. ¿Qué puedes decir contra los senadores?

BEL. No me interrogueis más: debo irme.

LIO. ¡Y yo ser asesinado!... ¿No decías eso?... (*Pausa.*) Tus ojos hundidos, tus pálidas mejillas y tu ademán inquieto indican al parecer un corazón en que pugnan el dolor y la vergüenza... Algún miserable ha infundido el descontento en tu ánimo... No quiero que te pierdas de ese modo. Tú eras bueno y humano; no naciste para las bajezas á que el vicio y el crimen quisieran arrastrarte... (*Pausa.*) En tus ojos salvajes, tan diferentes de los que he conocido, veo chispear el homicidio... Si se trata de mi vida, tómala... y vété.

BEL. Para salvárosla, arriesgo la mía; para que no se toque á uno sólo de vuestros cabellos, expongo millares de cabezas, algunas tan nobles, más nobles todavía que la vuestra.

LIO. Dispensa, Beltrán, pero no merezco que me exceptúen de tan gloriosas hecatombes. ¿Quiénes son los que corren peligro y los que nos amenazan?

BEL. Venecia y cuanto ella encierra son como una familia dividida por la discordia y perecerán antes del crepúsculo de la mañana.

LIO. ¡Nuevos misterios, aún más pavorosos! Parece que tú ó yo, ó quizá ambos, nos hallamos á dos dedos de nuestra perdición. Explícate sin rodeos, y salvas la vida, y te cubres de gloria; es más glorioso salvar que matar y sobre todo que matar en la oscuridad... De todos modos, juro que, cualquiera que sea el peligro con que me amenazas, saldré, á menos que me descubras los motivos y las consecuencias de este paso.

BEL. No me obligueis á ser traidor... Dejadme salvaros... pero salvad vos mi honor.

LIO. ¿Dónde está el honor en una liga de asesinos? ¿Quienes son los traidores, sino los que hacen traición al Estado?

BEL. Una liga es un contrato tanto más sagrado para los pechos leales, cuanto que sólo están obligados por su palabra. A mi entender, no hay traidor más abominable que aquél cuya traición doméstica clava el puñal en corazones que fiaban en él.

LIO. ¿Quién hundirá el puñal en el mío?

BEL. No seré yo. A todo me habría resuelto, menos á eso. No debeis morir... Os lo repito; no paseis el umbral de vuestro palacio.

LIO. Es en vano. Saldré ahora mismo.

BEL. ¡Entonces perezca Venecia antes que vos!... ¡Qué infame voy á ser por causa vuestra!

LIO. Dí más bien el salvador de tu amigo y del Estado... Habla, no vaciles. Se te concederán todas las recompensas, todas las garantías que reclames para tu seguridad y bienestar. Te prometo todas las riquezas que el Estado concede á sus más dignos servidores; hasta alcanzarás la nobleza, con tal que te muestres sincero y arrepentido.

BEL. Lo he pensado mejor: eso no puede ser. Sabeis que os estimo, mi presencia aquí es una prueba de ello; pero después de haber cumplido mi deber con vos, debo cumplirlo con mi país. ¡Adiós! Ya no nos veremos más en esta vida. ¡Adiós!

LIO. (*Llamando.*) Criados, guardad la puerta, que no pase nadie. ¡Prended á este hombre! (*Salen varios criados armados que sujetan á Beltrán.*) Traedme la espada y la capa; poned cuatro remos en la góndola. (*Vase uno de los criados.*) Iremos á casa de Juan Gradenigo; llamaremos después á Márcos Cornaro... No temas, Beltrán; esta violencia conviene tanto para tu seguridad como para la del Estado.

BEL. ¿Adónde me llevais?

LIO. Primero al Consejo de los Diez, luego al palacío del dux.

BEL. ¿Al palacio del dux?

LIO. Seguramente. ¿No es el jefe del Estado?

BEL. Al salir el sol, acaso...

LIO. ¿Qué quieres decir?... Pero lo sabremos más adelante... No ignoras que San Márcos tiene calabozos, y los calabozos tormentos.

BEL. Pues aplicadlos antes de la aurora que luego asomará...

CRI. (*Desde la puerta.*) Señor, la góndola espera.

LIO. Vamos, Beltrán: hablaremos mientras que llegamos al palacio del Magnífico, del sabio Gradenigo. (*Vanse. Mutación.*)

Cámara del Dux en el palacio ducal.

ESCENA III

El DUX y su sobrino BERTUCCIO FALIERO

DUX ¿Has reunido á todos nuestros servidores?

BER. Están sobre las armas, aguardando la señal en el patio de nuestro palacio de San Pablo. Vengo á recibir vuestras últimas órdenes.

DUX Es sensible que no hayamos tenido tiempo para congregar mayor número de vasallos de mi feudo de Val dí Marino, pero ya es tarde.

BER. Pienso que vale más que todo haya sucedido así. Una reunión súbita de nuestras fuerzas habría excitado sospechas: además, aunque bravos y fieles, los lugareños de aquel distrito son muy rústicos y fogosos para guardar largo tiempo la prudente disciplina que esta empresa exige, hasta que vengamos á las manos con nuestros enemigos.

DUX Tienes razón: pero una vez dada la señal, esos son los hombres que se necesitan para llevar á feliz término nuestros planes: los esclavos de las ciudades tienen sus predilecciones, sus antipatías particulares, sus preocupaciones *en contra ó en pro* de tal ó cual noble: eso puede conducirles á excederse, ó á perdonar allí donde la clemencia es desatino. Los bravos labriegos de mi condado de Val di Marino cumplirían las órdenes de su señor sin distinguir entre sus enemigos por motivos de afecto ó de odio: poco les importa que sea Marcelo ó Cornaro, un Gradenigo ó un Foscarí; no están acostumbrados á temblar ante esos vanos nombres, ni á doblar la rodilla en presencia de una asamblea civil. Necesitan por soberano un jefe cubierto de hierro, no un magistrado vestido de armiño.

BER. Somos bastante numerosos... Por otra parte, os respondo de las disposiciones de nuestros deudos respecto del Senado.

DUX Sin embargo, para guerrear, para servir en campaña, no hay como mis campesinos...

BER. Me extraña que con esas ideas hayáis determinado dar tan pronto el golpe decisivo.

DUX Tales golpes se han de dar inmediatamente ó nunca. Cuando hube domado la debilidad y el vil remordimiento que avasallaban mi corazón, me apresuré á prepararlo todo para realizar mi designio; primero, por no ceder de nuevo á semejantes emociones, y después, porque, á excepción de Israel y de Felipe Calendaro, no conocía bastante el valor y la fidelidad de nuestros conjurados. Hoy puede suscitarse entre ellos un traidor contra nosotros, como ayer se suscitaron mil contra el Senado; pero una vez que se hayan lanzado á luchar espada en mano, no tendrán más remedio que seguir adelante: después de dado el primer golpe, el fiero instinto de Caín que fermenta siempre en algún repliegue del corazón humano, aunque las circunstancias le impidan estallar, trocará á todos esos hombres en lobos furiosos. Bástale á

la turba ver sangre para apetecerla, como la primera copa de vino es el preludio de una larga bacanal. Cuando hayan comenzado, más costará contenerlos que empujarlos; pero, hasta entonces, basta una palabra, una paja, una sombra para cambiar sus disposiciones... ¿Está avanzada la noche?

BER. Pronto amanecerá.

DUX Entonces ya es la hora de tocar la campana. ¿Se encuentran nuestros hombres dispuestos?

BER. Sí, pero tienen orden de no tocar hasta que les transmita la señal que daréis.

DUX ¡Está bien!... Mi resolución es irrevocable. He llorado y temblado á la idea de este funesto deber: pero ya he sofocado toda emoción inútil, y miro fijamente la tempestad que se aproxima, como el piloto de un navío. *(Pausa.)* Sin embargo, llegar á tal punto me ha costado más esfuerzos que cuando la suerte de las naciones dependia de una batalla en que yo mandaba uno de los dos ejércitos, y en que habían de perecer infaliblemente millares de hombres... Sí: para derramar la sangre corrompida de algunos déspotas orgullosos, para consumar un acto que inmortalizó á Timoleon, he necesitado más imperio sobre mí que para arrostrar los peligros y fatigas de una vida de combates... (*Pausa.*) Me parece que ya empieza á clarear.

BER. Cierto: despunta la aurora.

DUX Manda que den inmediatamente la señal. A la primera campanada marcha sobre palacio con todas las fuerzas de nuestra casa... Iré á reunirme contigo... Los Diez y Seis y sus compañeros se pondrán en movimiento simultáneamente y en columnas separadas... No dejes de situarte en la puerta principal para destruir á los Diez; esa tarea sólo debemos encomendarla á nuestras propias manos... Acuérdate de que el grito de guerra es: *¡San Marcos! ¡Los genoveses están en el puerto! ¡Al arma! ¡San Marcos y libertad!* ¡Ahora, en marcha!

BER. ¡Adiós! Nos volveremos á ver libres y verdaderamente soberanos, ó nunca.

DUX Apresúrate, que viene á más andar el día... Cuando estés al frente de nuestras tropas, envíame un mensajero para enterarme de lo que sucede. (*Vase Bertuccio Faliero. Pausa.)* ¡Se ha ido!: cada uno de sus pasos decide de una vida... Ya no hay remedio; sobre Venecia se cierne el ángel de la muerte, y suspende el velo antes de derramar el vaso de ira, como el águila que, contemplando su presa desde lo alto del espacio, cesa un momento de batir sus alas poderosas, para lanzarse luego de improviso sobre ella con su infalible garra... ¡Oh día que alboreas lentamente, avanza, avanza!, que no quiero herir en la oscuridad; prefiero ver que son certeros todos los golpes... ¡Yo he de presenciar semejante día!... Pero, este día, señalado en el calendario con un signo nefasto, inaugurará una era de felicidad y de gloria... Pero, ¡ay! ¡por qué medios! Un noble fin debe justificarlos. ¿Qué son algunas gotas de sangre humana?... ¡Mentira! la sangre de los tiranos no es humana. Esos Moloc de carne y hueso se hartan de sangre nuestra: y es hora de sepultarlos en las tumbas por ellos tan pobladas. (*Pausa.*) ¡Oh hombres! ¿qué sois? ¿qué son vuestros proyectos más virtuosos, para que debamos castigar el crimen con el crimen y matar, cual si la muerte no tuviera más que esa vía, cuando algunos años habrían hecho superflua la espada?... ¡Yo, llegado al lindero de esas ignotas regiones, he de enviar tantos heraldos precursores!... *(Pausa.)* Desechemos tales ideas... Escuchemos... Me parece percibir un rumor de voces lejanas y el de tropas que caminan al paso... No puede ser: aun no se ha dado la señal... ¿Por qué este retraso?... El mensajero de mi sobrino debe haber partido ya: tal vez en este mismo instante gira sobre sus enormes goznes la puerta de la torre donde está la colosal campana, el lúgubre oráculo cuya voz, intérprete de los presentimientos trágicos, sólo suena por la muerte de los príncipes ó por el Estado en peligro... ¡Haga su oficio, toque por última vez su rebato más terrible, hasta que re-

tiemble en su base la robusta torre!... (*Pausa.*) ¡Aqui viene el mensajero del bravo Bertuccio!... Y bien ¿qué nuevas traéis?... ¿Vá todo bien?... ¡Qué veo!... ¡Todo se ha perdido!... ¡Pero hagamos otro esfuerzo!... (*Sale el Señor de la noche con guardias, etcétera, etc.*)

ESCENA IV

El DUX y el SEÑOR DE LA NOCHE.

SEÑ. Dux, os arresto por reo de alta traición.

DUX ¡A mí! ¡á tu príncipe! ¡Por alta traición! ¿Quiénes son los que se atreven á encubrir su propia traición con tal orden?

SEÑ. He aquí la del Consejo de los Diez reunidos.

DUX ¿Dónde y por qué lo están? Ese Consejo no es legal más que cuando lo preside el príncipe y este deber es el mío... Te intimido en nombre de tu honor que me dejes salir ó me lleves á la sala del Consejo.

SEÑ. No puede ser: el Consejo no está reunido en el local ordinario de sus sesiones, sino en el convento de San Salvador.

DUX ¿Tienes la osadía de desobedecerme?

SEÑ. Sirvo al Estado... Tengo por decreto la orden de los que gobiernan.

DUX Ese decreto es ilegal mientras no lleve mi firma; en su actual aplicación es un acto de rebeldía. ¿Has calculado bien lo que vale tu vida, para atreverte á arrostrar la responsabilidad de un acto ilegal?

SEÑ. Mi deber es obedecer y no replicar. Me han enviado aquí para guardar vuestra persona, no para oíros y juzgaros.

DUX (*Ap.*) Conviene ganar tiempo... Con tal de que suene la campana, aún puede ir todo bien. (*Se oye la gran campana de San Márcos.*) ¡Ya suena! ¡ya suena! (*En voz alta.*) ¿Ois, señor de la Noche, y vosotros, esclavos, depositarios medrosos de un poder mercenario?... ¡es vuestro toque de agonía!... ¡Suena, suena, rebato tremendo!... Ahora miserables, ¿con qué rescatais la vida?

SEÑ. ¡Maldición!... ¡Preparad las armas y guardad la puerta!... Todo se ha perdido si no enmudece pronto esa terrible campana... De seguro que el oficial ha equivocado el camino, ó ha tropezado con algún obstáculo imprevisto y fatal... Id vosotros á la torre á buscar á vuestro compañero. (*Vase una parte de los guardias.*) ¡Los demás, aquí conmigo!

DUX ¡Desdichado!, si aprecias tu miserable vida, implora mi perdón; no durará una hora más... ¡Sí, sí! envía tus infames sicarios... ¡Ya no volverán!

SEÑ. ¡Sea!, morirán cumpliendo su deber, y yo también.

DUX ¡Insensato!, el águila soberbia vuela hacia una presa más noble que tú y tus pigmeos. Vive, con tal que tu resistencia no exponga tu cabeza... Si un alma tenebrosa puede mirar al sol, aprende á ser libre. (*Cesa de tocar la campana.*)

SEÑ. Y ¡vos aprended á ser prisionero!... ¡Ya cesó la culpable señal que debía arrojar contra los patricios las turbas populares! Ha sonado el toque funeral, pero no por el Senado.

DUX Todo está silencioso... ¡Todo se ha perdido!

SEÑ. Ahora, dux, denunciadme como esclavo rebelde de un consejo de sublevados. ¿No he cumplido mi deber?

DUX ¡Calla, miserable!... Has ganado el precio de la sangre, y los que te emplean, te premiarán... Desempeña, pues, tu cargo, pero en silencio, como debes; aunque tu prisionero, no dejo de ser tu príncipe.

SEÑ. No es mi ánimo faltar al respeto debido á vuestra Alteza; estoy á vuestras órdenes.

DUX (*Ap.*) ¡Ahora sólo me resta morir.! Sin embargo, ¡qué poco me ha faltado para triunfar! .. (*Salen varios guardias que conducen prisionero á Bertuccio Faliero.*)

GUA. Le hemos apresado al salir de la torre, donde había empezado á dar la señal por orden del dux, de la cual era portador.

SEÑ. ¿Están ocupadas todas las avenidas que conducen á este palacio?

GUA. Todas; pero eso es de poca monta. Los conspiradores están derrotados y sus jefes presos.

DUX. Es inútil luchar con la fortuna; la gloria ha desamparado nuestra casa.

BER. ¡Ah! ¡un momento antes!

DUX Ese momento hubiera cambiado la faz de los siglos; *éste* nos entrega á la eternidad. Sufriremos nuestra suerte como hombres cuyo triunfo no estriba en el éxito, y cuyo ánimo, suceda lo que quiera, sabe arrostrar todos los destinos. Quisiera partir sólo; pero si, como es probable, hemos de partir juntos, al morir seamos dignos de nuestros padres y de nosotros.

BER. No os avergonzareis de mí.

SEÑ. Tenemos orden de encerraros en dos calabozos separados hasta que el Consejo os mande comparecer ante él para juzgaros.

DUX ¡Juzgarnos! ¿Quieren llevar la burla hasta el fin? Trátennos como les habríamos tratado; pero con menos pompa. Es un juego de homicidio mutuo; hemos jugado á quién moriría primero, y han ganado ellos, pero sus dados eran falsos. ¿Quién ha sido nuestro Judas?

SEÑ. No estoy autorizado para responder á esa pregunta.

BER. Responderé yo. Es un tal Beltrán, que ahora está haciendo sus revelaciones á la junta secreta.

DUX ¡Beltrán el bergamasco! ¡De qué viles instrumentos nos valemos para perder ó para ganar! Ese infame, mancillado por una doble traición, recibirá recompensas y honores; la historia le equiparará con los ansares del Capitolio, que con su gangoso parpar despertaron á Roma y merecieron por eso un triunfo anual, en tanto que Manlio, vencedor de los galos, fué despeñado de la roca Tarpeya.

SEÑ. Fué un traidor que quiso usurpar la tiranía.

DUX Salvó al Estado y se proponía reformar lo que había salvado... (*Pausa.*) Ea, señores, cumplid vuestro cometido.

BER. ¡Adiós! Ignoro si hemos de volver á vernos en esta vida; pero sin duda permitirán que se junten nuestros despojos.

DUX Sí, como nuestras almas, que sobreviviendo, harán lo que nuestra impedida arcilla no ha conseguido. No podrán nuestros verdugos anonadar la memoria de los que han intentado derribarles de sus culpables tronos. Nuestro ejemplo hallará imitadores, aunque en un porvenir lejano. (*Vanse,*)

TELÓN

ACTO QUINTO

La escena representa el salón donde estará reunido el Consejo de los Diez que, con los senadores que se habrán agregado, componen el tribunal que ha de juzgar á Marino Faliero y sus cómplices.

ESCENA PRIMERA

BENINTENDE, presidente del Consejo de los Diez; ISRAEL BERTUCCIO y FELIPE CALENDARO, presos, entre soldados; BELTRAN y LIONI; miembros de la Junta, etc.

BEN. Evidenciado el delito, sólo falta dictar la sentencia de la ley sobre estos traidores... Para minar el trono de esta noble ciudad, estos villanos han expuesto y entregado al verdugo sus miserables vidas... ¡Mueran, pues!

ISR. Estamos prontos á marchar al cadalso.

BEN. Si teneis que decir algo que pueda atenuar vuestra culpa, la Junta está dispuesta á oiros.

ISR. Estamos aqui para escuchar, no para hablar.

BEN. De las declaraciones de vuestros cómplices y de todas las circunstancias que las corroboran, resulta plenamente la prueba de vuestros crímenes. Sin embargo, queremos oir de vuestros propios labios una confesión completa de vuestra traición. Al borde del terrible abismo, de donde nadie vuelve, únicamente la verdad puede aprovecharos en la tierra y en el cielo. ¿Cuál ha sido el motivo de vuestro atentado?

ISR. La justicia.

BEN. Y ¿vuestro objeto?

ISR. La libertad.

BEN. Breves son vuestras palabras.

ISR. Como mi vida; me criaron para soldado, y no para senador.

BEN. ¿Creeis acaso desafiar con ese la-

conismo á vuestros jueces y retardar la sentencia?

ISR. Sed tan diligentes como yo; prefiero ese favor á vuestro perdón.

BEN. ¿Nada más teneis que responder al tribunal?

ISR. Preguntad á los verdugos lo que nos han arrancado los tormentos. Entregadnos de nuevo á merced suya; aun quedan en nuestro cuerpo algunas gotas de sangre, y alguna sensibilidad en nuestros torturados miembros... Pero no os atrevereis á ello, porque si sucumbiesemos—, y nos habeis dejado muy poca vida que perder en los potros ya bañados con nuestra sangre—no podríais ofrecer á vuestros siervos el espectáculo de nuestro suplicio, para amedrentarlos y consolidar su esclavitud. Los quejidos no son palabras, ni asentimiento la agonía; la afirmación no merece crédito, si la naturaleza, rindiéndose al exceso del dolor, obliga al alma á una mentira para obtener un instante de tregua... ¿Qué pretendeis imponernos? ¿El tormento ó la muerte?

BEN. ¿Quiénes eran vuestros cómplices?

ISR. Los senadores.

BEN. ¿Qué queréis decir?

ISR. Preguntádselo al pueblo que sufre, impulsado al crimen por los inícuos abusos de vuestros patricios.

BEN. ¿Conocíais al dux?

ISR. Peleé á sus órdenes en Zara, mientras vosotros estábais aquí ganando con discursos vuestras actuales dignidades; nosotros exponíamos nuestra vida, en tanto que con vuestras acusaciones y defensas exponiais la del prójimo. Por lo demás, toda Venecia conoce á su dux por sus grandes hechos y por los insultos que le ha dirigido el Senado.

BEN. ¿Habeis celebrado conferencias con él?

ISR. Más cansado estoy de vuestras preguntas que de los tormentos. Os ruego que dicteis la sentencia.

BEN. Y vos, Felipe Calendaro ¿qué teneis que objetar á vuestra condena?

FEL. Nunca he sido muy hablador; ahora no se me ocurre decir nada que valga la pena.

BEN. Otra aplicación del tormento podría cambiar vuestra actitud soberbia.

FEL. ¿Valdrán algo á los ojos de la ley las declaraciones hechas en el potro?

BEN. Seguramente.

FEL. ¿Cualesquiera que sea el culpable que indique?

BEN. Sin duda; le procesaremos.

FEL. ¿Dependerá su vida de ese testimonio?

BEN. Con tal que vuestras declaraciones sean completas y explícitas, tendrá que defender su vida ante nuestro tribunal.

FEL. En ese caso, andad con cuidado... Juro por la eternidad que se abre delante de mí, que si me vuelven á dar tormento os denunciaré á *vos*, sólo á vos.

MIE. Convendría proceder al fallo... No sacaremos nada más de estos hombres.

BEN. ¡Desdichados! Prepáraos á una muerte inmediata. La índole de vuestra maldad, nuestras leyes y el peligro del Estado no os dejan una hora de respiro... ¡Guardias! ¡llevadles al balcón de las columnas rojas, donde se coloca el dux el jueves lardero para asistir á la lucha de toros, y allí sean ajusticiados; queden colgados sus cuerpos en el lugar de la ejecución, expuestos á las miradas de la muchedumbre...! ¡El cielo se apiade de sus almas!

JUN. ¡Así sea!

BEN. Para que no intenten sublevar á la multitud irritada, conducidles con mordaza al lugar de la ejecución.

FEL. ¡Cómo! ¿no podremos siquiera despedirnos de un amigo querido, ó dirigir una postrera palabra á nuestro confesor?

BEN. En la estancia inmediata os espera un sacerdote; en cuanto á vuestros amigos, esa entrevista les sería penosa, y de nada os serviría.

FEL. Nunca imaginé que, en estos últimos instantes, se nos negaría la libertad de la palabra, mezquino favor concedido á los moribundos ..

ISR. ¡Déjales hacer lo que les acomode, amigo Calendaro! ¿Qué nos importan algunas palabras más ó menos?... Nuestra voz les espanta; temen hasta nuestro silencio... ¡Vivan entregados á sus terro-

res!... ¡Abandonémosles á sus pensamientos, y elevemos los nuestros al cielo! (*A los guardias:*) Estamos prontos.

FEL. Israel, si me hubieras creído, no habría sucedido nada de esto, y ese vil Beltrán...

ISR. ¡Calla, Calendaro! ¿A qué pensar ahora en esto?

BEL. Hubiera deseado veros morir en paz conmigo... Os traicioné porque me ví obligado á ello,.. No me miréis con ira... ¡Decid que me perdonáis!

ISR. Te perdono.

FEL. Te desprecio. (*Los guardias se llevan á Israel Bertuccio y á Felipe Calendaro.*)

BEN. Ahora que hemos juzgado á estos criminales, ha llegado el momento de pronunciar la sentencia del mayor culpable que ofrecen nuestros anales, del dux Faliero,.. (*A los soldados.*) ¡Conducid al dux ante el Consejo! (*Sale el dux preso entre guardias.*)

ESCENA II

BENINTENDE, BELTRAN, LIONI, los miembros de la Junta, el DUX y después un oficial.

BEN. Dux, pues todavía lo sois, y legalmente os debemos considerar como á tal hasta que se despoje de la ducal toca esa cabeza que no ha sabido llevar con tranquilidad una corona más noble que la que los imperios conferir pueden, sino que ha conspirado por la ruina de vuestros hermanos, de los que os hicieron lo que sois, y ha querido extinguir en sangre la gloria de Venecia... ¿Qué decis en vuestro descargo?

DUX ¿Qué os diré, ya que mi defensa debe ser vuestra condenación? Vosotros sois á un tiempo los culpables y los acusadores, los jueces y los verdugos... Usad de vuestros poderes.

BEN. Habiendo confesado la traición vuestros principales cómplices, no os queda ninguna esperanza.

DUX ¿Qiénes son?

BEN. Muchos: el principal está, en el seno del tribunal, Beltrán de Bérgamo... ¿Queréis dirigirle alguna pregunta?

DUX (*Mirándole con desprecio.*) No.

BEN. Otros dos, Israel Bertuccio y Felipe Calendaro, han declarado su complicidad con el dux.

DUX ¿Dónde están?

BEN. En su última morada, dando cuenta al cielo de lo que han hecho en la tierra.

DUX ¡Ah! ¡con qué murieron ya el Bruto plebeyo y el fogoso Casio del arsenal... ¿Cómo han visto llegar su última hora?

BEN. ¡Pensad en la vuestra, que se acerca! ¿No queréis defenderos?

DUX No puedo defender mi causa ante mis inferiores: no os reconozco el derecho de juzgarme. ¿Qué ley os lo confiere?

BEN. En las grandes crisis, la ley debe rechazarse ó reformarse. Nuestros padres no instituyeron pena para tal crimen, como antes en Roma no se mencionó en las *Tablas* el castigo del parricidio, porque no se podían aplicar disposiciones penales á lo que no tenia nombre en aquellos grandes corazones, ni cabida en sus mentes. ¿Quién habia de prever que la naturaleza humana pudiera mancillarse con el homicida atentado de un hijo contra su padre, de un príncipe contra su reino? Vuestro crimen nos ha hecho promulgar una ley que constituirá un precedente contra los grandes culpables que intentaren en lo sucesivo ascender á la tiranía por la escala de la traición, y que no contentos con poseer un cetro quisieren convertirlo en espada de dos filos.. ¿No os bastaba la dignidad de dux? ¿Qué hay superior á la señoria de Venecia?

DUX ¡La señoría de Venecia! ¡Vosotros me habéis vendido: todos vosotros sois traidores!... Era vuestro igual por mi cuna, y vuestro superior por mis actos: me arrebatásteis á mis honrosas tareas en remotas regiones, en el Océano, en los campos de batalla, en el seno de las ciudades; vosotros me elegísteis para hacer de mi una víctima coronada, encadenada, atada de pies y manos, en el altar donde sólo vosotros podíais sacrificar. Mi elección, que ignoraba, que no habia solicitado, ni deseado, ni soñado, fué á sorprenderme en Roma, y tuve que obedecer... A mi

llegada aquí noté que habíais mutilado y reducido el escaso número de privilegios dejados al dux de Venecia... Todo eso lo soporté y aún lo soportaría, si el impuro contacto de vuestra licencia no hubiese venido á manchar mi hogar... Entre vosotros veo al infame que me ultrajó... ¡digno juez de tal tribunal!...

BEN. Miguel Steno está aquí en virtud de su cargo, como miembro de los Cuarenta, por haber creído los Diez que debían agregarse cierto número de senadores para que les asesorasen en una causa tan importante como insólita. Se le ha hecho remisión del castigo pronunciado contra él, por la razón de que como el dux, instituído para apoyar la ley, ha intentado violarlas todas, no tiene el derecho de reclamar contra otros ciudadanos la aplicación de las mismas instituciones que él desconoce y conculca.

DUX ¡*Su castigo!* Prefiero verle sentado ahí, antes que sufriendo la irrisoria pena á que le condenó vuestra perversa, aparente é hipócrita justicia. Por más infame que sea su crimen, es la pureza misma, comparado con vuestra protección.

BEN. ¿Confesáis vuestro delito y reconocéis la justicia del tribunal?

DUX Confieso haber sucumbido. La Fortuna es mujer; desde mi juventud me colmó de favores: á mi edad he hecho mal en contar todavía con sus primeras sonrisas.

BEN. ¿No negáis nuestra equidad?

DUX Nada niego, de nada me defiendo, y nada os pido, si no es el privilegio del silencio y el fallo del tribunal.

BEN. La plenitud de esa confesión nos ahorra la dura necesidad de emplear el tormento para arrancaros la verdad entera.

DUX ¡El tormento! Desde que soy dux me lo habéis dado cada día: si queréis aumentarlo con los dolores físicos, podéis hacerlo: estos miembros debilitados por la edad cederán á las violencias del hierro, pero hay en mi corazón una energía que cansará á los verdugos. (*Sale un oficial.*)

OFI. La duquesa Faliero solicita ser admitida á presencia de la Junta.

BEN. ¿Debemos recibirla?

MIE. Tal vez tenga que hacer revelaciones importantes: por esta razón se debe de acceder á su demanda.

BEN. ¿Sois todos de igual parecer?

TOD. Sí.

DUX ¡Oh, admirables leyes de Venecia, que admiten las declaraciones de la mujer con la esperanza de que depondrá contra su marido! ¡Qué gloria para las castas damas de la República...! ¡Ahora, vil Steno, si esa mujer flaquea, te perdono tu calumia, tu absolución, mi muerte violenta y hasta tu despreciable vida. (*Sale la duquesa.*)

ESCENA III

Dichos y la DUQUESA

BEN. Señora, este tribunal justiciero ha resuelto acceder á vuestra petición... Hablad y os escucharemos con todo el respeto debido á vuestra nobleza, categoría y virtudes... Pero ¡os demudais!... ¡Sostened á la duquesa!... ¡Traed un asiento!

ANG. Es una debilidad pasajera... Ya me encuentro mejor... Perdonad... no me siento en presencia de mi príncipe y esposo, estando él en pie.

BEN. ¿Qué motivo os trae aquí?

ANG. Han llegado á mis oídos rumores extraños y sobrados verídicos, á juzgar por cuanto oigo y veo... Vengo á saber toda la extensión de mi desdicha... Perdonad la precipitación de mi paso... ¿Es cierto?... No puedo hablar... no puedo formular mi pregunta; pero vuestros ojos que se apartan de mí y vuestras severas frentes han contestado de antemano. ¡Dios mío! ¡Este silencio es el de la tumba!... ¿Está condenado?... ¿Era culpable?

BEN. Vuestra turbación natural en este instante excusa tal pregunta... En otro cualquier caso, sería un grave delito manifestar semejante duda contra la equidad de tan alto tribunal... El dux ha confesado su crimen.

ANG. Pero no debe morir... Perdonad los pocos años que le restan de vida; la vergüenza y el dolor los reducirán á breves dias... Un día de culpabilidad impotente no puede borrar diez y seis lustros de gloriosas acciones.

BEN. Su sentencía debe ejecutarse sin demora y sin remisión... El bien del Estado exige su castigo.

ANG. Súbdito, sirvió al Estado; general, lo salvó; soberano, lo ha gobernado.

MIE. Conspirador le ha hecho traición.

ANG. ¿No queda ninguna esperanza?

BEN. Ninguna.

ANG. (*Dirigiéndose al dux*) ¡Muere, Faliero, ya que es preciso! Te has hecho culpable de una grave falta; pero la dureza de estos hombres la borra casi del todo... ¡Sufre, pues, tu suerte cual debe sufrirla un príncipe!

DUX He vivido mucho tiempo para no saber morir.

STE. Dux, tengo que deciros algunas palabras, igualmente que á esa noble dama á quien ofendí tan gravemente... ¡Ojalá pudiese mi dolor, mi vergüenza ó mi arrepentimiento aniquilar el inexorable pasado! Pero ya que no es posible, despidámonos á lo menos como cristianos. Imploro con ánimo contrito, no vuestro perdón, sino la piedad de ambos; ofrezco por vos á Dios mis oraciones, por ineficaces que sean.

ANG. Prefiero mi honra á mil vidas, si pudiesen concentrarse todas en la mía; pero no quisiera que costase la vida á nadie el haber atacado lo que á ningún poder humano es dado vulnerar, el sentimiento de la virtud, cuyo galardón no está en lo que se opina de ella, sino en ella misma. Para mí las palabras del calumniador han sido lo que el viento para la roca; pero ¡ay! existen ánimos más irascibles en los que tales ultrajes causan el efecto del huracán en los mares; existen almas para quienes la sola sombra de la deshonra es una realidad más terrible que la muerte y la maldición eterna, hombres que se amedrentan sin razón á la menor burla del vicio, y que sabiendo resistir á todos los alicientes del placer, á las angustias todas del dolor, se aterran al ver empañar por el más liviano soplo el excelso nombre en que habían cifrado sus esperanzas, celosos de este nombre como el águila de su nido. ¡Así lo que ahora vemos, lo que sentimos y sufrimos, sirva de lección á esos miserables, y enséñeles á no burlarse en su despecho de séres de orden superior! No es la primera vez que ha bastado un insecto para enfurecer al león: una saeta en el talón hizo caer al valiente de los valientes; la deshonra de una mujer acarreó la ruína de Troya; la deshonra de otra mujer fué causa de que Roma expulsase para siempre á sus reyes; un esposo ultrajado llevó á los galos á Clusio y después á Roma, que pereció por algún tiempo: el universo había tolerado las crueldades de Calígula, y un ademán obsceno le costó la vida: la injuria de una virgen convirtió a España en provincia mora, y dos renglones calumniosos de Steno habrán diezmado á Venecia, puesto en peligro á un Senado de ochocientos años, destronado á un príncipe, derribado su cabeza descoronada, y forjado nuevas cadenas á un pueblo doliente. Si el miserable, como la cortesana que incendió á Persépolis, se enorgullece de su hazaña, puede hacerlo: es un orgullo digno de él; mas no insulte con sus oraciones los postreros instantes de un hombre que, sea hoy lo que quiera, fué un héroe. Nada bueno puede venir de tal parte, y de él no queremos nada, ni ahora ni nunca; le abandonamos á él mismo, lo cual es dejarle en el abismo más profundo de la bajeza humana. El perdón se hizo para los hombres, no para los réptiles... No tenemos para Steno perdón ni cólera... Los malvados como él nacieron para arrojar su ponzoña; los séres superiores para sufrir: es la ley de la vida. El hombre que muere de la mordedura de la víbora puede en verdad aplastar la sabandija, pero no siente ira: el réptil ha seguido su instinto; hay hombres réptiles cuya alma es más rastrera que el gusano que se harta con los despojos de la tumba.

DUX (*A Benintende.*) Acabad lo que considerais como vuestro deber.

BEN. Antes rogamos á la señora duquesa que tenga á bien retirarse... Le será sobrado doloroso presenciarlo.

ANG. Lo sé, pero debo sufrirlo... No dejaré á mi esposo sino por la fuerza... Proseguid..: no temais de mi parte lamentos, suspiros ó lágrimas... Aunque se me despedace el corazón, callaré...

BEN. Marino Faliero, dux de Venecia, conde de Val di Marino, senador, durante largo tiempo general de la Armada y del Ejército, noble veneciano, escuchad vuestra sentencia... Convicto por un gran número de testimonios y pruebas, y confeso también, de un crimen de traición hasta hoy ináudito, la pena pronunciada contra vos es la muerte. Vuestros bienes serán confiscados en provecho del Estado y vuestro nombre borrado de sus anales, excepto el día en que celebraremos con públicas acciones de gracias nuestra milagrosa salvación. En ese día se anotará vuestro nombre, en nuestros calendarios, con los terremotos, la peste, el enemigo extranjero y el grande enemigo de los hombres. El lugar donde, en vuestra calidad de dux, debía ponerse vuestro retrato, se dejará vacante y cubierto con un velo negro, esculpiéndose debajo estas palabras: «Este es el lugar de Marino Faliero, decapitado por sus crímenes.»

DUX Todo será inútil... La gasa fúnebre extendida sobre mi nombre, el velo que ocultará ó parecerá ocultar mis facciones, atraerá más las miradas que los retratos de los tiranos del pueblo que ostentan en el lienzo sus pomposos trajes... ¡Decapitado por sus crímenes!... ¿*Qué* crímenes son esos?... ¿No valiera más recordar los hechos, para que el espectador aprobase ó á lo menos supiese el *motivo* de tales crímenes? Cuando sepa que un dux ha conspirado, dígasele por qué: eso forma parte de vuestra historia.

BEN. Como dux, vestido con el manto ducal, seréis conducido á la escalera de los Gigantes, lugar de vuestra investidura... Allí, después que os hayan quitado la corona ducal, será segada vuestra cabeza... ¡Apiádese el cielo de vuestra alma!

DUX ¿Cuándo tendrá lugar la ejecución?

BEN. Inmediatamente...

DUX ¿Se confiscan todas mis tierras?

BEN. Sí, y vuestras joyas, vuestros tesoros, vuestros bienes de toda clase, excepto dos mil ducados de que podéis disponer.

DUX Eso es duro... Habría deseado repartir mis tierras de Treviso entre mi esposa y mis deudos, abandonando al Estado todo cuanto poseo en Venecia.

BEN. Vuestros deudos también están proscritos: su jefe, vuestro sobrino está amenazado por una acusación capital: pero el Consejo aplaza por ahora su decisión respecto de él. Si deseáis dotar á vuestra viuda, podéis hacerlo.

ANG. No quiero participar de los despojos de mi marido... Desde hoy me consagro á Dios, y voy á refugiarme en el claustro.

DUX ¿Tenéis que imponerme alguna pena además de la muerte?

BEN. Sólo os falta confesaros y morir. El sacerdote y el verdugo os aguardan... (*Pausa.*) No penséis hablar al pueblo... Un gentío innumerable se agolpa á las puertas, pero se cerrarán; solamente asistirán á vuestro suplicio los Diez, la Junta y los principales de los Cuarenta: todos están prontos á escoltar al dux.

DUX ¿Al dux?

BEN. ¡Sí! al dux. Moriréis como soberano. Olvidásteis vuestra dignidad, rebajándoos á conspirar con oscuros criminales; hasta en vuestro castigo respetamos la alteza del príncipe... Ahora preparaos á morir... ¡Guardias! escoltad al dux hasta su habitación. (*Vanse. Mutación.*)

La cámara del dux.

ESCENA IV

El DUX y su ESPOSA

DUX Sería ocioso prolongar algunos instantes mi miserable existen-

cia... Otro dolor más, el de separarnos, y dejaré en el reloj la poca arena que aún queda de la hora que me han concedido. El tiempo y yo hemos ajustado nuestras cuentas.

ANG. ¡Ay! ¡soy la causa de todo esto, la causa inocente! El fúnebre himeneo, la aciaga unión que para satisfacer los deseos de mi padre prometísteis contraer en el instante de su muerte, ha sellado la vuestra.

DUX No: algo había en mí que me predisponía á sufrir un grande infortunio. Sólo me maravillo de que haya tardado tanto; sin embargo, me lo habían vaticinado.

ANG. ¿Vaticinado?

DUX Hace mucho tiempo de eso, tanto tiempo, que la época es dudosa en mi memoria; con todo, nuestros anales la han conservado. Era joven, servía al Senado y á la República como podestá y capitán de la ciudad de Treviso. Un día festivo, el obispo, que llevaba el Santísimo Sacramento, excitó mi impaciencia y enojo por su lentitud y su arrogante respuesta á las reconvenciones que le dirigía. Alcé la mano sobre él, le maltraté, y le hice caer al suelo con su sagrada carga. Levantóse, tendió al cielo los trémulos brazos con pía indignación, y luego, mostrando la santa hostia que se le había caido de las manos, volvióse á mí y dijo: «Día vendrá en que Aquel á quien has derribado te derribará; la gloria desamparará tu casa, la discreción abandonará tu alma, y en medio de la madurez de tu juicio te sobrecogerá una demencia de corazón; las pasiones te atormentarán en una época de la vida en que se extinguen en los demás hombres ó se convierten en virtudes; la majestad de la vejez no coronará tu cabeza sino para abatirla; los honores serán los precursores de tu ruina, las canas de tu oprobio, unos y otras de tu muerte, pero no de la muerte que corresponde al anciano.» Y así diciendo, continuó su camino... La predicción se realiza.

ANG. ¿Por qué, así advertido, no procurasteis esquivar esta suerte fatal, y expiar con la penitencia la falta que cometísteis?

DUX Confieso que las palabras del obispo me llegaron al alma, de modo que las he recordado en medio del torbellino de la vida, extremeciéndose como á la voz de un espectro en un sueño sobrenatural; y me arrepiento... Pero nunca retrocedí ante el peligro; cualquiera que fuese mi porvenir, no podía cambiarlo, y no me arredraba... No es eso todo: tú no habrás olvidado una circunstancia de que todos se acuerdan. El día de mi desembarco aquí como dux, á mi regreso de Roma, precedió al *Bucentauro* una densa niebla, semejante á la oscura columna que andaba delante de Israel al salir de Egipto; de suerte que el piloto perdió el rumbo, y nos hizo abordar entre los pilares de San Marcos, donde se ejecuta á los criminales, en vez de desembarcarnos, según costumbre, en la *riva della Paglia*. Toda Venecia se estremeció ante tal presagio.

ANG. ¿Para qué evocar ahora estos recuerdos?

DUX Me consuela pensar que son obra del destino... Prefiero creer ciegamente en la fatalidad y no en los mortales, cuya mayor parte sé que son viles como el polvo y tan impotentes como viles, sino instrumentos de un poder superior. Nada han podido hacer por sí mismos; no han logrado vencer á quien tantas veces venció por ellos... (*Pausa.*) ¡Día vendrá en que esta ciudad orgullosa, estas aguas zafirinas y cuanto constituye la gloria y el esplendor de estos lugares, no serán más que desolación y maldición; en que Venecia será el escarnio de las naciones, una Cartago, una Tiro, una Babel del Oceano.

ANG. No habléis así... El torrente de las pasiones se desborda en vos hasta el postrer momento... Sosegaos.

GUA. (*Desde la puerta de la cámara.*) Dux de Venecia, el Consejo de los Diez espera á vuestra Alteza.

DUX ¡Adiós, Angelina!... ¡Abrázame!... (*Se abrazan.*) Perdona al anciano que fué para tí un esposo amante, pero fatal; séate cara mi memoria... ¡Cuán pálida te pones!... ¡Ah! ¡se desmaya! (*Cogiéndola en sus brazos.*) ¡Guardias, ayudadme!... No puedo dejarla en este estado,..

Sin embargo, quizá vale más que sea así, pues cada instante de insensibilidad le ahorra un tormento... Cuando vuelva en sí, habré muerto... ¡Llamad á sus damas!... ¡Oh! asistidla con el mayor cuidado, y recibid la última expresión de mi gratitud... Vamos... (*Vase con los guardias. Salen las damas de Angelina y rodean á su señora desmayada. Mutación.*)

Patio del palacio ducal: las puertas exteriores están cerradas para impedir que entre el pueblo. El DUX, vestido con el traje de su dignidad, avanza en medio del Consejo de los Diez y de otros patricios, seguido de algunos guardias, hasta la grada superior de la escalera de los Gigantes, donde los duces prestaban juramento, y en la cual se hallará el ejecutor con la cuchilla en la mano. Al llegar, un miembro del Consejo de los Diez despoja de la corona ducal la cabeza del dux.

ESCENA V

El DUX, BENINTENDE, el Consejo de los Diez, guardias, etc.

DUX Desde este momento, el dux no es nada y vuelve á ser por fin Maríno Faliero... Algo es esto aunque sólo sea por un instante, Aquí fué donde me coronaron. El cielo es testigo de que siento más gozo al resignar este brillante dije ducal, que cuando recibí este fatal ornamento.

UNO ¿Temblais, Faliero?

DUX Sí, pero de vejez (1).

BEN. ¿Teneis que hacer al Senado alguna recomendación compatible con la justicia?

DUX Recomiendo mi sobrino á su clemencia, mi esposa á su justicia.

BEN. Se atenderá á una y otra demanda, á pesar de vuestro crimen inaudito.

DUX ¡Inaudito! Sí: la historia nos presenta una multitud de conspiradores coronados ligados contra el pueblo; pero un soberano que muere para libertarlo, ésto no se ha visto más que dos veces.

BEN. ¿Quiénes son los que han muerto por tal causa?

DUX El rey de Esparta y el dux de Venecia: Agis y Faliero.

BEN. ¿Teneis algo más que decir ó hacer?

DUX ¿Puedo hablar?

BEN. Sí, pero tened presente que el pueblo está fuera del alcance de la voz humana.

DUX No me dirijo á los hombres, sino al tiempo y á la eternidad de que voy á formar parte. ¡Elementos, con quienes me confundiré ahora mismo, sea mi voz como un alma para vosotros! ¡cerúleas aguas que llevábais mi bandera! ¡vientos, que amorosos retozábais en sus pliegues, que tantas veces hinchásteis mis velas prestando vuestras alas á mi victoriosa flota!; ¡tú, mi tierra natal, por quien corrió mi sangre! ¡tú, suelo extranjero que bebiste esta sangre brotada de más de una herida! ¡mármoles que ahora no absorbereis la poca que me queda, porque subirá al cielo! ¡cielos que la recibireis! ¡sol que resplandeces sobre todas las cosas! y ¡Tú que los soles enciendes y apagas! ¡á todos os pongo por testigos! No soy inocente... pero ¿lo son mis verdugos? Muero, pero seré vengado; los siglos lejanos se me aparecen flotantes sobre el abismo de los tiempos venideros; antes de que se cierren mis ojos, les será dado ver el castigo reservado á esta ciudad soberbia; mi maldición pesará sobre ella y sus hijos... Sí, vendrá un día en que la ciudad que levantó una muralla contra Atila, doblará la cabeza cobardemente y sin lucha ante un Atila bastardo, sin derramar siquiera para defenderse tanta sangre como ahora manará de estas viejas venas, agotadas para protegerla... Será vendida y comprada, y dada en dote á unos señores que la despreciarán. De imperio descenderá á provincia, de capital á ciudad subalterna, con esclavos por senado, con mendigos por nobles, y con un pueblo de meretrices. ¡Oh Venecia! cuando el hebreo ocupe tus palacios y el huno tus ciudadelas; cuando el griego, dueño de tus mercados, se pasee por ellos sonriendo; cuando en tus angostas calles mendiguen

(1) Textual.

tus patricios un pan amargo, y en su vilipendiosa indigencia hagan de su nobleza un motivo de lástima; cuando el corto número de los que conserven algunos restos de la herencia de sus gloriosos antepasados, se arrastren á los pies del bárbaro lugar teniente de un virey, en este mismo palacio donde dieron muerte á su soberano; cuando engalanándose con un nombre ilustre que habrán deshonrado, hijos de una madre adúltera, engreida de sus impúdicos amores con el gondolero robusto ó el soldado extranjero, se glorien de tres generaciones de bastardía; cuando tus hijos, descendidos á lo más bajo de la escala de los séres, sean cedidos por los vencidos á los vencedores que no les querrán, despreciados como viles por otros menos viles que ellos, y rechazados por los viciosos mismos á causa de los vicios monstruosos que ningún código podrá especificar ni nombrar; cuando de la herencia de Chipre, hoy sujeta á tu cetro, no te quede sino su infamia trasmitida á tus hijas, cuya prostitución hará olvidar la suya; cuando se te adhieran todos los males de los Estados conquistados, el vicio sin esplendor, el pecado falto hasta del brillante realce del amor, y en lugar de este último la costumbre de una grosera licencia, de un libertinaje sin pasión, de una lascivia fría y regulada que reduzca á un arte las debilidades de la naturaleza; cuando esas y otras plagas sean tu patrimonio; cuando la sonrisa sin alegrías, las diversiones sin placer, la juventud sin honra, la vejez sin dignidad; cuando la bajeza y la impotencia, y la conciencia de tus males, que no te incitará á resistir ni á quejarte, te hayan trocado ¡oh Venecia! en el último y peor de los desiertos poblados; entonces en el postrer estertor de tu agonía, en medio de todos tus asesinatos, ¡acuérdate del *mío!* ¡Cueva de bandoleros embriagados con la sangre de sus príncipes, infierno en el seno de las aguas, Sodoma del Océano! ¡yo te condeno á las iras de los dioses infernales, á tí y á tu raza de serpientes! (*Aquí el dux se vuelve al ejecutor y le dice.*) ¡Esclavo, haz tu oficio! ¡hiere como yo hería al enemigo! ¡hiere como yo habría herido á estos tiranos! ¡hiere con toda la fuerza de mi anatema, y no hieras más que una vez! (*El dux se arrodilla, y al levantar el ejecutor la cuchilla cae el telón. Mutación.*)

Plaza y plazuela de San Márcos. El PUEBLO se hallará apiñado junto á las verjas del palacio ducal, que están cerradas.

ESCENA ÚLTIMA

El PUEBLO

C. 1.° He llegado á la verja, y distingo á los Diez en derredor del dux, vestidos de ceremonia.

C. 2.° ¿Qué pasa? Procuremos al menos oir, ya que sólo pueden ver los que están junto á la verja.

C. 1.° Uno de ellos se ha acercado al dux; ahora le quita la toca ducal... El dux alza los ojos al cielo; los veo brillar, y veo el movimiento de sus labios... ¡Silencio! ¡silencio! No es más que un susurro... ¡Maldita distancia! No puedo comprender las palabras; pero su voz arrecia como los sordos rugidos del trueno. ¡Oh! ¡si pudiésemos oir siquiera una frase!

C. 2.° ¡Silencio! Tal vez percibamos algunos sonidos.

C. 1.° Es en vano, no puedo oirle... Sus cabellos blancos flotan al viento, como la espuma sobre las olas... Ahora... ahora... se arrodilla... y ahora forman círculo en derredor suyo; ya no distingo nada... Pero veo la espada levantada en el aire... ¡Ah! ¡escuchad! ¡ya hiere! (*El pueblo murmura.*)

C. 3.° Han asesinado al que deseaba libertarnos.

C. 4.° Siempre fué bueno para el pueblo.

C. 5.° Han tenido la inícua precaución de cerrar las verjas. Si antes de venir hubiésemos sabido lo que iba á suceder, habríamos traido armas para forzar las puertas.

C. 6.° ¿Estais bien seguro de que le han decapitado?

C. 1.° He visto caer la cuchilla.—¡Mirad! ¿Qué vienen á enseñarnos? (*En el balcón del palacio, cuya fachada*

da á la plaza, asoma un jefe de los Diez, con una cuchilla ensangrentada en la mano, y después de agitarla en el aire tres veces á los ojos del pueblo, dice:) La justicia ha herido al gran culpable. (*Abrense las verjas, corre el pueblo hacia la escalera de los Gigantes, donde ha tenido lugar la ejecución, y los más avanzados dicen á los que están tras ellos:*) ¡La ensangrentada cabeza rueda por las gradas de la escalera de los Gigantes!

TELÓN

FIN

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

Director-propietario: ANTONIO ZOZAYA

OBRAS PUBLICADAS

Volúms.

1 **Platón.**—Diálogos socráticos.
2 **Descartes.**—Discurso del Método.
3 **Kant**—Metafísica de las costumbres.
4 **Schelling.**—El principio divino.
5 **Leibnitz.**—La Monadología. Opúsculos.
6, 7 y 8 **Spinoza.**—Tratado teológico político.
9 **Sanz del Río.**—El idealismo absoluto.
10 **Rousseau.**—El contrato social.
11 **Lamennais.**—Obras escogidas.
12 y 13 **Santo Tomás.**—Teodicea.
14 **Epicteto.**—Máximas.
15 **Richter.**—Teorías estéticas.
16 **Pascal.**—Pensamientos.
17 **Fenelón.**—El ente infinito.
18 y 19 **Platón.**—Diálogos polémicos.
20 **Ciceron.**—De la República.
21 **Marco Aurelio.**—Los doce libros.
22 **Descartes.**—Meditaciones metafísicas.
23 y 24 **Aristóteles.**—Política.
25 **Kempis.**—Imitación de Cristo
26 **Giner.**—Estudios sobre educación.
27 **Luis Vives.**—Int. á la Sabiduría (Agotada).
28 y 29 **Kant.**—Crítica de la razón práctica.(Agotada).
30, 31 y 32 **Comte.**—Catecismo positivista.
33 **Maquiavelo.**—El príncipe.
34 **Condillac.**—Lógica. (Agotada).
35 **Diderot.**—Obras filosóficas (Agotada).

Volúms.

36, 37 y 38 **Fichte.**—Doctrina de la ciencia.
39 **Hartmann.**—Religión del porvenir.
40 **San Jerónimo.**—Epístolas.
41 **G. Serrano.**—Crítica y filosofía.
42, 43 y 44 **Malebranche.**—Conversaciones sobre metafísica.
45 **Spencer.**—Clasificación de las ciencias.
46 **Haeckel.**—Psicología celular.
47 y 48 **Schopenhauer.**—Parerga y Paralipomena.
49 y 50 **Delboeuf.**—La materia bruta y la materia viva.
51 y 52 **B. Constant.**—Política.
53 **St. Mill.**—El utilitarismo.
54 **San Agustín.**—Meditaciones.
55 **Azcárate.**—La República Norteamericana.
56 **Lubock.**—La dicha de vivír.
57 **Posada.**—El parlamentarismo.
58 **Séneca.**—Tres libros filosóficos.
59, 60 y 61 **Bacón.**—Novum Organum.
62, 63, 64 y 65 **Hegel.**—Lógica.
66 **Voltaire.**—Cándido ó el optimismo.
67 **A. Zozaya.**—La Contradicción política.
68 **D'Alembert.**—Destrucción de los jesuítas.
69 **A. Zozaya.**—La crisis religiosa.
70 y 71 **Krause**—Ideal de la Humanidad.
72 **Hipócrates.**—Aforismos y pronósticos.
73 **Confucio.**—Los grandes libros.
74 **Chamfort.**—Caracteres y Anécdotas.

Precio de cada tomo: 75 cénts.—Franco de porte y certificado: 1 pta.

Pedidos al Director-propietario: Magdalena, 9, Madrid ó á la Administración de La Ultima Moda, *Velázquez 42, hotel.*

BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA

10 céntimos cada tomo.

1. Cervantes: *Rinconete y Cortadillo.*
2. A. Dumas: *El cofre maldito.*
3. Moliere-Moratín: *El médico á palos.*
4. Jovellanos: *Pan y toros.*
5. *El naufragio de la Medusa.*
6. Entremeses de Cervantes.
7. Moratín: *La derrota de los pedantes.*
8 y 9. Feijóo: *Defensa de la mujer.*
10. Campillo y Cossío: *Lo que hay de más y de menos en España.*
11. Goethe: *Hermán y Dorotea.*
12. P. Feijóo: *Verdadera y falsa urbanidad.*
13. D. Ramón de la Cruz: *La casa de Tócame Roque.*
14. El cura Merino.
15. Jovellanos: *Asturias: Las romerías y los vaqueiros.*
16. Chateaubriand: *Los Sacramentos.*
17. Antonio de Guevara: *Consejos á los casados.*
18. Antonio de Guevara: *Daño y provecho que hacen los médicos.*

GLORIAS DE ESPAÑA

10 céntimos cada tomo.

1. *El combate del Callao.*
2. *La Virgen del Pilar dice...* (Primer sitio de Zaragoza).
3. *El alcalde de Móstoles.*
4. *Heroismo aragonés.* (2.° sitio de Zaragoza).
5. *La batalla de Lepanto.*
6. *Los somatenes del Bruch.*
7. *La batalla de Bailén.*
8. *María Pita.*
9. *El sitio de Gerona.*
10. *Una derrota gloriosa.* (Trafalgar).
11. *Batalla de los Castillejos.*
12. *¡Que viene el Drake!* (Defensa de Puerto Rico).
13. *¡La de San Quintín!*
14. *El general Pierna de palo.*
15. *El primer guerrillero.* (El Empecinado).
16. *Ignacio de Loyola.*
17. *Covadonga.*
18. *Héroes de Navarra.*
19. *Hernán Cortés.*
20. *Conquista de Granada.*
21. *Quevedo.*
22. *El Cid Campeador.*
23. *Guzmán el Bueno.*
24. *El descubrimiento de América.*

CUENTOS MODERNOS ILUSTRADOS

10 céntimos cada tomo.

1. **El Teléfono,** por Carlos Foley.
2. **Caprichitos,** por Julio Nombela.
3. **Los tres deseos,** por Roumanille.
4. **La niña del relojito,** por Juan de Madrid.
5. **El milagro de San Nicolás,** por Gabriel Vicaire.
6. **Una pecadora,** por José de Roure.
7. **Los dos relojes,** por Julio Nombela.
8. **Un medicamento maravilloso,** por Daniel García.
9. **La misa del húsar,** por Alfonso Pérez Nieva.
10. **Noche terrible,** por Juan Nicot.

Estudio sobre la verdadera Religión, por el M. R. P. Miguel Berazaluce.—Un tomo: 4 pesetas.

El Niño, por el Dr. Tolosa Latour; 6.ª edición ilustrada.—Un tomo; 3 pesetas.

Higiene y Medicina

al alcance de todos

por el DR. ALEJO CLERC

La Generación del Ser humano. (Cómo y por qué se nace).—Versión española del Dr. Carreras y Sanchís.—1 tomo en 4.° mayor de 464 páginas, ilustrado con profusión de grabados.—Precio: 5 pesetas.

Vida de relación. (Cómo y por qué se vive).—Versión española de Ceferino Terán Pujol.—(Nociones preliminares.—Los huesos.—Los músculos.—Los nervios.—Enfermedades de los órganos de las sensaciones y de la inteligencia.—Enfermedades de la médula espinal y del sistema nervioso ganglionar.—Organos de los sentidos.—Organos de la voz).—1 tomo en 4.° mayor de 480 páginas, con numerosas ilustraciones —Precio: 5 pesetas.

Nutrición y respiración. (Cómo se vive y cómo se enferma).—Versión española de C. Terán Pujol.—(Digestión.—Higiene de la digestión.—Enfermedades de los órganos digestivos.—Respiración.—Enfermedades de los órganos de la respiración).—1 tomo en 4.° mayor de 472 páginas, profusamente ilustrado.—Precio: 5 pesetas.

Circulación de la sangre. (Cómo se vive y cómo se enferma).—Versión española de C. Terán Pujol.—(Organos y mecanismo de la circulación.—Enfermedades de los órganos de la circulación.—Absorción.—Secreciones.—Enfermedades de los órganos secretores).—**Filosofía fisiológica. Nociones de Farmacología.**—1 tomo en 4.° mayor de 478 páginas, ilustrado con numerosos grabados.—Precio: 5 pesetas. Cada tomo puede adquirirse separadamente.

Las obras anunciadas en esta página, en la anterior y en las interiores de este cuaderno, se hallan de venta en las principales librerías y centros de suscripción de España, Portugal y América, principalmente en los inscriptos en la Asociación de la librería En América fijan el precio los señores Corresponsales.

Pueden adquirirse también remitiendo su importe al Sr. Administrador de La Ultima Moda —Velázquez, 42, hotel.—Apartado 24.—Madrid, en Libranza del Giro Mútuo, en Letra de fácil cobro, en metálico (utilizando un sobre monedero), ó certificando la carta que los contenga, en sellos de correos ó Libranzas de la prensa.

Añádase al importe de cada pedido 25 céntimos para gastos de certificado. Cuando el pedido pase de 5 pesetas, se enviará franco de porte y certificado por cuenta de la Administración.

LA ULTIMA MODA

AÑO XXII

Es la revista más completa, más útil y en relación con lo que cuesta y reparte, la más económica de cuantas necesitan las señoras y señoritas para vestirse y adornarse con elegancia, practicar las labores femeniles y conocer las novedades que se introducen en el mobiliario y adorno de las casas.

PUBLICA TRES EDICIONES

Edición Completa.—Las suscriptoras de esta Edición reciben al año, además de los 52 números del periódico, 52 pliegos de novela, 52 figurines acuarela, 52 patrones cortados, 52 hojas del periódico *Labores Femeniles*, 12 números del periódico *El Tocador*, con los modelos de peinados de última novedad, 12 números del periódico *Vida Práctica*, con numerosos grabados, entre los que figuran muebles y utensilios de casas y perspectivas de habitaciones, 4 preciosos cromos de labores femeniles y 2 grandes panoramas de trajes en colores, uno en Primavera y otro en Otoño. En total: 52 números y 238 suplementos.

Primera Edición.—Re ciben al año las suscriptoras de esta edición: 52 números del periódico, 52 pliegos de novela, 26 figurines acuarela, 12 patrones cortados, 52 números del periódico *Labores Femeniles*, 12 del periódico *El Tocador*, y 12 del periódico *Vida Práctica*: 52 números y 166 suplementos.

Segunda Edición.—Reciben al año las suscriptoras de esta edición: 52 números del periódico, 52 pliegos de novela, 52 patrones cortados, 52 números del periódico *Labores Femeniles*, 12 del periódico *El Tocador* y otros 12 del periódico *Vida Práctica*: 52 números y 180 suplementos.

PRECIOS EN LA PENINSULA

PAGO ADELANTADO

EDICIÓN COMPLETA	Pesetas.	EDICIONES 1.ª 6 2.ª	Pesetas.
Trimestre	5	*Trimestre*	3
Semestre	10	*Semestre*	6
Año	20	*Año*	12
Número corriente	0,40	*Número corriente*	0,25
Atrasado	0,80	*Atrasado*	0,50

En América fijan el precio los señores Corresponsales.

Se remiten gratis números de muestra á quien los pida á la Casa editorial de LA ULTIMA MODA, Velázquez, 42, hotel.—Se admiten suscripciones anuales al TOCADOR sólo: 2 pesetas; á VIDA PRÁCTICA, 2 pesetas al año y á LABORES FEMENILES (52 números), 5 pesetas.

3 0112 117463320

LA COMEDIA SEMANAL

Cada obra, con el retrato del autor ó un dibujo representando una de las escenas de la misma, cuesta en la Península

25 CÉNTIMOS

En Portugal 60 reis y en Europa, Unión Postal, 50 céntimos de franco.—En América fijan el precio los señores Corresponsales y Libreros.

Todas las semanas se publica y reparte un cuaderno como e presente con una, dos ó tres obras cómicas ó dramáticas; y puede adquirirse en las Librerías, Centros de suscripciones, Kioscos y puestos de periódicos ó remitiendo al Administrador de la Casa editorial de LA ULTIMA MODA el importe de un trimestre (13 cuadernos) en libranzas del Giro Mútuo, sobres monederos, letras ó cheques. También puede enviarse el importe en sellos de Correos que no excedan de una peseta ó en libranzas de la Prensa certificando la carta. La correspondencia, los valores, y particularmente las libranzas de la Prensa, se consignarán al Administrador de LA ULTIMA MODA, Velázquez, 42, hotel.

He aquí la lista de las obras publicadas:

El barbero de Sevilla, comedia de Beaumarchais.
Treinta años ó la vida de un jugador, drama de Ducange y Dinaux.
La hija en casa y la madre en las máscaras, comedia de Martínez de laRosa.
Los amantes de Teruel, drama de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
El convidado de piedra, drama de D. Antonio Zamora, en el que está inspirado el célebre *Don Juan Tenorio,* de D. José Zorrilla.
El sí de las niñas, comedia de don Leandro Fernández de Moratín.
La redención de un alma, drama de Octavio Feuillet.
El Médico á palos, comedia de Moliere, y **El casero burlado,** sainete de D. Ramón de la Cruz.
El cuarto mandamiento, drama de D. Julio Nombela.
La vida es sueño, drama de D. Pedro Calderón de la Barca.
El martirio de una mujer, drama de Emilio Girardín.
Cuatro mujeres en una casa, comedia de Paolo Giacometti.
Don Francisco de Quevedo, drama de D. Eulogío Florentino Sanz.

En el primer trimestre de 1909, se publicarán las siguientes obras:

Fuente Ovejuna, de Lope de Vega.—**El mercader de Venecia,** de Shakespeare.—**El Abate L'Epée,** de Bouilly.—**Reinar después de morir,** deVélez de Guevara.—**La pastora de los Alpes,** de Desnoyer y D'Ennery. **El delincuente honrado,** de Jovellanos.—**Arte de conspirar,** de Scribe. —**La prudencia en la mujer,** de Tirso de Molina.—**Guillermo Tell,** de Schiller.—**Marino Faliero.** de Lord Byron.—**García del Castañar,** de Rojas.—**Lucrecia Borgia,** de Víctor Hugo.—**La mogigata,** de Moratín.